

LUIS BAUSET MARTORELL

# Más allá de la frontera



Ediciones  
Alféizar

# MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA

Luis Bauset Martorell



Ediciones  
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 – Alquería de la Condesa – Valencia – España

Beta Reader: Cristina Peces García

Autor portada: Enrico Pitton

Email: [info@edicionesalfeizar.com](mailto:info@edicionesalfeizar.com)

Web editorial: [www.edicionesalfeizar.com](http://www.edicionesalfeizar.com)

ISBN-13: 978-84-120363-9-8

Depósito Legal: V-1752-2019

*Para los que viven de sus recuerdos.*

*“Hay alguien tan inteligente que aprende de la experiencia de los demás”.*

Voltaire

*“No soy nadie aquí, o soy un Don Nadie, y, sin embargo, soy más yo mismo que nunca, más que en cualquier otra parte”.*

*Ventanas de Manhattan*

Antonio Muñoz Molina

Iber. 2 de marzo de 2013

Todas las maletas me parecían pocas para la incertidumbre con la que tenía que rellenarlas. La ropa de mi armario era inútil para ese clima frío e inhóspito, congelador y traumático al que me dirigía. Menos dos grados de media y nevadas diarias era lo que Google vaticinaba. De todos modos, me tendré que llevar algo que me proteja, pensé. Así que cogí la maleta más grande que pillé del altillo e introduje cada camisa, cada abrigo, cada pieza de ropa, con la convicción de que servirían de poco y la duda de no saber lo que el nuevo país me depararía.

Una maleta verde, de fibra, reforzada en las esquinas. Era la misma maleta que habíamos utilizado en nuestro viaje de bodas, cuando me casé con Sara; una joven guapa de pelo oscuro y tez morena con quien continuo felizmente casado. ¿La boda? Pues transcurrió a la perfección entre fotos y brindis con amigos y familiares. Un día irreplicable que transcurrió demasiado deprisa, perdimos la completa noción del tiempo, este último se esfumó, se escabulló entre nosotros sin avisar, sin poder pedirle nuestro último regalo de bodas; que se detuviese para poder disfrutar, aún más, de ese día tan especial. Proseguimos con el ritual ejerciendo nuestro derecho a luna de miel, viajamos a Nueva York y Méjico, y volvimos con la maleta llena de anécdotas y recuerdos. Un viaje increíble entre pirámides y rascacielos.

Tres años después de mi boda la maleta donde guardaba mi vida y preparaba mi futuro, representaba otra realidad distinta. Ya no serviría de goce ni de diversión, tampoco como método de descompresión de una vida preestablecida y rutinaria. Ese objeto verde, pesado y ostentoso, representaba la confusión y la angustia. Algo similar a lo que deberían de sentir los miles de jóvenes que, como yo, se preparaban para abandonar su tierra.

En mi habitación, unos diez metros cuadrados de parqué y paredes decoradas con todo tipo de fotografías de Sara y mías, la luz difuminada de la calle travesaba la ventana y se fundía con la luz quebrada de la lamparilla de noche. Creando un ambiente íntimo y personal como eran las despedidas.

De pie junto a la cama organizaba mi maleta. Me fijé en la fotografía en

blanco y negro de mis padres, colgada sobre el cabecero de la cama. Se veían jóvenes. Debió tomarse antes de concebirme, sobre los diecinueve años de edad —al menos, mi madre—. Salían de cintura para arriba, sentados sobre taburetes. Mi padre a la izquierda, cogiendo a mi madre de la mano. Y ella sonriendo a la cámara, mostrando su pelo castaño y liso alrededor de su cara. Quien hubiera dicho, con la ignorancia de la vida reflejada en sus rostros, que mi padre se fue hace ocho años. El golpe más vil, rastrero y sin compasión que haya recibido de la vida. Un huracán en forma de linfoma pasaba por nuestra familia arrasando todo a su paso. Un descenso directo al infierno antes de llegar a él.

Dejé de lado mi habitación para dirigirme a mi estudio o *sala de estar* como a mí me gusta llamarla. Una habitación no muy grande formada por una pared de libros y enfrente, una chimenea. En las esquinas, un escritorio y un sillón amarillo junto a la ventana —compra casual en una tienda de segunda mano en Iber—. *Sala de estar*, así me gusta llamarla. Siempre he ido a contracorriente. Estar, en este mundo superficial y capitalista, implica no hacer nada, fracasar, no progresar y, en consecuencia, morir. Al menos, socialmente. Pero para mí, estar es la única forma de conocerse o, mejor dicho, saber lo que no eres. Lo necesario para vivir una vida propia y serena. Sin duda, aquella sala era la burbuja que me aislaba del mundo o de la parte del mismo que no me interesaba. Apagaba el móvil y encendía el fuego. Elegía un libro, me sentaba en mi sillón y leía bajo la luz declinada de la lámpara. Obviando el resto u olvidándolo por momentos.

Ese día elegí *Ventanas de Manhattan* de Antonio Muñoz Molina y *Último día de un condenado a muerte* de Victor Hugo, dos libros que no me canso de releer. Volví a mi habitación, guardé los libros en la maleta, abierta en dos sobre la cama. Demasiadas cosas, pensé. Puse una mano en el interior del equipaje, presionando el fardo de ropa que sobresalía por los extremos y en la mano libre volqué un lado de la maleta sobre el otro. Repuse las dos manos sobre su superficie, dejando caer mi peso muerto sobre ella. Con una mano presionaba y con la otra iba introduciendo la ropa que asomaba por los extremos. La inseguridad golpeó mi ímpetu. Paré. Respiré. Volví a ver la foto de mis padres. Cerré los ojos. Sentí el tacto frío y rugoso de la superficie de la maleta. Oí coches lejanos. Hojas arrastrarse por la acera. Risas de adolescentes provenientes de calles anexas. Un millón de imágenes golpearon mi mente como una avalancha de estrellas; mi familia, mis amigos, mi infancia,

el fútbol, el parque, la playa, Sara, Kira, el sol, el mar, las rutas por la montaña, la sala de estar, los amigos, Iber... Fotografías de mi vida actual y pasada que rasgaron mi entereza. El humano es un animal con una gran capacidad de resignación dijo una vez un filósofo convertido en político de renombre. Y yo lo empezaba a descubrir.

Escuché pasos acercarse por el pasillo. Me sacaron de un tirón de mi ensimismamiento. Se detuvieron en la entrada de la habitación.

—¿Y a mí, no piensas llevarme contigo? —me dijo Sara con esa voz dulce y cálida que tanto me reconforta.

Repuse mi orgullo, pasé el cierre de la maleta y me reincorporé.

—Sabes que siempre vienes conmigo —le dije con media sonrisa.

Sara se acercó, proyectando su silueta, cálida y esbelta, sobre la pared de su espalda. Llevaba el cabello suelto sobre uno de sus hombros, luciendo su sonrisa avivada por la belleza de sus ojos.

Se sentó en un lateral de la cama. Ni cerca ni lejos. A esa distancia exacta que solo las mujeres como ella saben encontrar para cada momento.

—No tienes por qué ir solo —me dijo como recriminando y pidiendo permiso al mismo tiempo.

—Sabes que no nos lo podemos permitir. Además, tienes trabajo...

Yo había perdido mi empleo hacía más de un año. Soy arquitecto técnico y desde que terminé mi carrera en el 2007 había trabajado en una empresa constructora en Iber, mi pueblo natal. Una mala inversión en momentos previos a la crisis e imagino que, adicionada a otras circunstancias, produjo que no pudiera resistir las embestidas de las deudas.

Sara tuvo más suerte, trabajaba como auxiliar veterinaria en una clínica cerca de Iber. A pesar de reducirle la jornada laboral a la mitad, continuaba llevando ingresos a casa.

—Solo serán tres meses...—le dije.

Kira, nuestra pequeña Yorkshire, había acudido a nuestro encuentro. Se interpuso entre nosotros, se sentó sobre sus patas traseras y me miró con esa mirada perruna mezcla de melancolía y tristeza.

—Tres meses que te vamos a extrañar.

Sara cogió a Kira, la suspendió en el aire y la apretó dulcemente contra su pecho.

—Las dos...—me dijo a los ojos.

Rompí la distancia. Acaricié el pelo espumoso de Kira y besé a Sara en



los labios.

—Mario, prométeme que volverás si las cosas no van bien.

—No seas tonta... ¿Por qué tienen que ir mal?

—Solo prométemelo.

—Te lo prometo.

—Y que me llevarás contigo nada más encuentres trabajo.

—Sabes que no iría si no fuera así.

Nos miramos y guardamos silencio.

—Ahora te toca a ti —le dije.

—Dime.

—Que da igual el tiempo y la distancia, que no importa el lugar. Solo prométeme que me esperarás.

—Sabes que siempre voy contigo.

Nos miramos con esa complicidad desprendida entre el amor y la incoherencia, fruto de diez años de relación.

Volví a la maleta. Abrí todos los cajones del armario, de la cómoda, de la mesilla de noche y los altillos, buscando cualquier cachivache, trasto o elemento útil que pudiera servirme de ayuda o hubiera olvidado. Repasé mi lista mental una y mil veces, y todo parecía en orden.

—¿Te falta algo? —me preguntó.

—Creo que no olvido nada —dije poniéndome una mano por detrás de la nuca como reforzando mi memoria—. ¿De verdad que quieres venir a Suiza? ¿A mil metros de altura y nieve congelada cinco meses al año?

Sara rio. Kira la miraba.

—No me lo pones fácil. Sabes que soy de playa...

—Me cuentan que hay lagos tan grandes como el mar.

—¿Con playas?

—Con playas...

—¿Y hace calor?

—Dicen que la gente se baña...

—Entonces me lo pensaré. Tengo tres meses para decidirme ¿verdad? — Sara me envió una mirada pícaro.

—Así es —respondí—. Espero que Valentín —un emigrante establecido en suiza, familiar de un amigo en común— me encuentre un sitio donde dormir. Tal y como prometió...

—No te preocupes, lo hará. Lleva años instalado.

—¿Y qué vas a hacer mientras tanto?

—Esperar, ir de café, playa, ... Ya sabes. Lo típico...

—¿Y tu diario?

—Me desfogaré en él.

—¿Me lo dejarás leer?

—Solo si te pones a escribir.

—Sara, sabes que no tengo tiempo.

—Entonces tampoco lo tendrás para leer. Al menos lo tendrás para llamar.

—Nada más llegue.

—¿Y el resto de días?

—Cada uno de los días que estemos separados.

Me despedí de Sara, empuñé la maleta, abandoné la habitación y mi piso. Me apeé en el rellano de la escalera, frente al ascensor. Oí los pasos de Sara detenerse en la puerta del apartamento. Me negaba a girarme y verla por última vez.

No resistí. No pude. Qué diablos, no quise. Me di la vuelta y la vi. Estaba allí, aguardando bajo el umbral de la puerta, mirándome con una tristeza incontenida, atenta, cariñosa, pero afligida por el tiempo incierto que íbamos a estar separados. Se acercó con una mirada dulce, nostálgica, me puso una mano en la mejilla, me dio un beso y me regaló una sonrisa, como quien quiere dar un adiós sincero, sin palabras, transversal, de los que no se olvidan, de los que parten el corazón y el alma, y se recuerdan, *más allá de la frontera*.

Las calles aún dormían entre la tranquilidad de la noche y las luces tenues de las farolas cuando me dirigía a realizar los últimos preparativos, fui el único que osó interrumpir ese clima de ensueño, ese tiempo congelado que solo los pueblos dan fe de su existencia.

La boquilla del surtidor avisó antes de que la gasolina llegase al tope de la capacidad del depósito, antes de que esta se derramara por toda la carrocería del coche. Una lástima, pensé. Devolví la manguera a su sitio, miré el reloj y me percaté de que ya era medianoche. Si todo transcurría según lo previsto, llegaría a mi nuevo destino unas catorce horas más tarde. Un viaje que me recordaba más a una travesía por el desierto que a un simple recorrido por carretera.

El auto estaba preparado, yo no tanto. La poca iluminación del salpicadero mezclada con la penumbra de la noche, enfatizaba la soledad del momento. Siempre paralizado ante la pesada duda de saber si hacía lo correcto, una compañera de viaje que no me pude quitar de encima.

Abandonaba la que había sido hasta entonces mi vida, con sus edificios y avenidas, aquellas por las cuales circulaba despacio, tranquilo, agotando el poco tiempo que me quedaba, sintiendo los detalles de las fachadas y las luces tenues de las estrellas tan nítidamente como nunca antes las había sentido. Recordando como diapositivas de una película muda, miles de recuerdos vividos; un álbum de fotografías viejas, deterioradas, desgastadas por el tiempo, pintadas en colores canela, donde podía revivir episodios importantes de mi vida.

Pasé por delante del monumento de la noria, al comienzo de la misma avenida. De madera oscura casi negra. Circularmente perfecta. Remarcada por un pequeño géiser de agua antes de llegar a ella. Vestida por las luces cálidas de los focos que la iluminaban, haciéndola más joven después de tantos años de inactividad forzada, maniatada, obligada por el anclaje de los pernos oxidados, desproporcionados, por los bulones y tirantes de acero, por los dados de hormigón que la sujetaban como una camisa de fuerza que impedía que girara con el ímpetu de la naturaleza. Recordaba como la escalaba de niño

junto a mis amigos, protegiéndonos entre sus aspas los días de lluvia, contándonos historias de miedo, acompañados por el sonido incesante del agua caer desde lo alto y el zumbido constante de las palmeras los días de viento.

Veía las aceras solitarias, tranquilas, desiertas como un amanecer de domingo, con las casas apagadas y las persianas echadas. Imaginé a mis amigos pasear por esas mismas aceras sin más preocupaciones que las rutinarias, con una dirección preestablecida, dirección contraria a la mía.

Cuando veía las mesas y sillas apiladas en las puertas de los bares, recordaba a mi familia sentada en ellas, disfrutando de los desayunos en compañía, sintiendo el agradable aire fresco de las mañanas de primavera, cuando los árboles florecían y los pájaros se resguardaban entre sus ramas; contentos, excitados, invadiendo el ambiente de melodías alegres. En ese momento, solo quedaban ramas esqueléticas, como si fuera el armado perdido de una estructura de hormigón abandonada, sin la compañía de las aves ni el eco perdido de las conversaciones de la gente.

Sin saber por qué, miré por el retrovisor central. Tenía la esperanza de encontrar a alguien que me obligase a parar, a dar marcha atrás, a alguien que me dijera: “no hace falta que sigas, está todo solucionado, quédate.” Pero solo vi el campanario, el único testigo de mi partida, un faro que se despedía con sus mejores luces. Alrededor, las maletas ocupaban todo el asiento de atrás. La soledad me acechaba y los pensamientos me aturdían. Imaginaba a los míos, a mis seres queridos, y con ellos, todos los momentos que me iba a perder. Pensé en la relatividad y en el destino, y no pude evitar sonreír, una mueca irónica al descubrir lo caprichoso que este podía llegar a ser. Un torbellino de pensamientos reemplazó a los anteriores, se aparecieron ante mí las imágenes de los emigrantes que años atrás llegaban a mi país cargados con su casa a cuestas, dispuestos a empezar de cero. Ahora me tocaba a mí, sabía a dónde iba, pero no lo que iba a encontrar, nada iba a ser igual y por supuesto, yo no volvería a ser el mismo.

3 de marzo de 2013

No olvidaré el momento en el que crucé la antigua frontera francesa. Era la segunda vez que la cruzaba. La primera fue a los once años de edad cuando jugué un campeonato de fútbol en la ciudad de Graveson. Todavía recuerdo aquel sentimiento, mezcla de admiración y asombro, de embriaguez desenfrenada, al descubrir los paisajes que me acercaban a la frontera. Recuerdo como el horizonte discurría a través del cristal con una velocidad embaucadora, hipnótica, como si fuera una secuencia de imágenes que desfilaban a cámara lenta. Parecía hacerlo solo para mí, para atraparme con sus ríos repletos de vida y sus campos verdes y amarillos que realzaban el azul pardo de una tarde de primavera.

Al llegar a la aduana francesa cuando la unión europea era entonces un proyecto y la libre circulación una quimera, la cola de coches mal aparcados, las medianeras de hormigón, los *douaniers* de la policía francesa, los bloques de edificios —dispuestos uno a cada lado de la calzada— y la hilera de gigantes banderas ondeando sobre los tejados como gárgolas vivas testigos de lo que allí ocurría, formaba una muralla ficticia, un caos ordenado por la densidad de los objetos que transmitía miedo y respeto. O por lo menos era lo que yo sentía, inquietud a que la policía en sus escrupulosos registros, encontrara un producto prohibido entre nuestras pertenencias. Y daba igual que fuera por ignorancia o por descuido o porque alguien lo hubiera introducido entre nuestras cosas. El miedo a que nos declararan delincuentes, que nos prohibiesen el paso o todavía peor, que nos metieran en el calabozo, siempre ha sobrevolado mis pensamientos. Miedo que se ha amortiguado, pero no ha llegado nunca a desaparecer. En cada registro, en cada aduana, en cada cruce con un agente de la policía me he sentido desconfiado, intimidado por las miradas acusatorias de estos, o al menos esta era mi impresión cuando me miraban, que me declaraban culpable y, por tanto, ya habían dictaminado sentencia. Y yo, preso de mis nervios, creo que mi rostro así lo delataba. Al igual que lo hacía sentado en el autobús que me llevaba a Graveson, con mi

música de Maná y un agente francés recorriendo el pasillo central con un uniforme azul y una linterna en la mano. Rebuscando cualquier objeto prohibido entre la gente y los asientos, bajos los pies de estos y en los estantes superiores. Mientras otro agente situado en la parte delantera del autobús, nos decía en un español defectuoso, que no nos moviéramos de nuestros asientos.

Por suerte, un par de horas más tarde nos comunicaban que estaba todo correcto y podíamos seguir nuestro trayecto.

Me fascinó Francia, sus paisajes y su vida, y me di cuenta de que las palabras de mi familia eran verdad, que en España íbamos veinte años por detrás en derechos sociales y libertad. Me lo dijeron porque vivieron allí durante meses; el tiempo suficiente para ahorrar dinero y poder casarse. Emigraban sacrificándose, comiendo poco y ahorrando mucho, peseta a peseta, privándose de todo para que el viaje fuera lo más rentable y la vuelta lo más rápida. Aunque había otros como los tíos de Sara, que pasaron diez años en Alemania. Imagino que también los pasarían ahorrando, pues uno de los consuelos que suele justificar el estar fuera de casa es que se está ganando dinero.

En el 2013 y circulando con mi coche a través de la antigua aduana francesa, esta se encontraba desierta, sin los *douaniers* de la policía ni la cola de coches mal aparcados, tampoco quedaban registros en la calzada ni paneles que advertían de su presencia. Solo se mantenían en pie los dos edificios apagados, abandonados, obviados por la gente y golpeados por el tiempo, como dos fósiles que se resistían a ser olvidados.

En las emisoras de radio el idioma español se fundía con el francés, un idioma que no llegaba a entender. Aquel trabalenguas, aquella frase continúa parecía estar formada por sonidos de otro mundo. La inseguridad de mis dudas chocó contra las expectativas creadas, desprendiendo otra realidad distinta y en ella, las opciones de encontrar un empleo desaparecían.

Me autoconvencí de que si los demás lo habían conseguido, yo no iba a ser menos, que de todas formas iba a empezar buscando un empleo que me permitiese aprender el idioma y después, ya me centraría en lo mío — encontrar un empleo como arquitecto técnico—. Me tranquilicé y me autoconvencí que todo iba a salir bien.

*[...] Lo veo por todas partes. No está, pero sigue en casa. Su*

*presencia me reconforta. Cuando paso frente a su estudio, miro su sillón. Y le veo. Veo su silueta sentada junto al fuego, concentrado en sus lecturas. De pronto se difumina su contorno, se borra su silueta y solo queda la soledad y se apaga el fuego.*

*No puedo creer que hayamos terminado así. Todo era distinto cuando nos casamos. Solo espero que encuentre, mejor dicho, que encontremos, la suerte que aquí no tuvimos.*

*No sé si la decisión ha sido la correcta. Imagino que lo normal será dudar; conclusiones precipitadas, resultados inexactos.*

*La verdad es que no me veo llevando botas de nieve seis meses al año. Suiza... teníamos que haber elegido Australia, sol y playa. Inglés. Aunque el francés siempre ha sido mi idioma preferido. Menos mal que no hemos elegido Alemania, no sería capaz de aprender el idioma. Del resto, ni hablar. Leo estaba convencido con el país helvético. Me hablaba de los datos macro, micro, la tasa de paro, el idioma francés, la situación central del país con respecto a Europa, los salarios, la poca delincuencia, la distancia a España y no menos importante, los paisajes. Sin duda, una buena oportunidad para viajar. Al clima ya nos adaptaremos. Como todos, imagino. Pero primero que tenga suerte, que encuentre un empleo. Mi madre ya le ha encendiendo una vela. Yo no creo demasiado en estas cosas, pero por si acaso, esta noche le encenderé otra...*

*Diario personal de Sara*

A medida que me adentraba en el país galo, los paneles informativos franceses me advertían de que no estaba en casa, que mi zona de confort había quedado atrás. Y así continué conduciendo por las *autoroutes* durante toda la noche, hasta que se hizo de día y otro panel me advertía de que estaba a punto de llegar a la aduana suiza.

Las aduanas son puntos borrosos del mapa, burbujas aisladas de sus dueños, un espacio difuso, confuso, diluido entre países anexos. Cuando uno llega a su interior no sabe muy bien en qué país se encuentra ni con que policía va a toparse ni hacia donde debe ir o en que carril debe situarse. Al menos, la primera vez que se cruza. Yo me dirigía a Le Locle, al cantón de Neuchâtel, directo a traspasar esa línea imaginaria que divide los territorios y la gente y nadie sabe muy bien dónde encontrarla.

Crucé la frontera sin problemas con las primeras luces del día y el gris de una niebla densa; una nube caprichosa que parecía tener vida propia. Con el avance de la mañana la niebla se disipó y me reveló lo que me había estado ocultando. Una imagen que todavía guardo en mi retina; un manto verde se fundía con el azul marino de las aguas del lago Lehman, un inmenso mar de esperanza. Escena solo interrumpida por la soledad de algún que otro árbol que se alzaba inquebrantable, un emperador que reclamaba sus tierras. Al fondo, una línea de montañas desiguales y blancas perforaba el cielo azul de ese día, brillaba con luz propia al reflejarse los rayos de sol en su superficie helada.

A poco más de una hora de llegar a mi destino, Suiza alzaba sus grúas-torre a modo de rascacielos, como símbolo de poder. Vertebraban las ciudades y dividían los pueblos; unos hitos temporales que bailaban al son del viento. Y yo, como profesional de la construcción, sabía lo que esto significaba: trabajo, justo lo que había ido a buscar. Y por el gran número de ellas me esperancé.

Estuve atento durante todo el viaje consciente de que cada kilómetro realizado era un trozo de tierra que descubría. El sol sin demasiada fuerza empezaba a alzarse y a medida que iba ascendiendo en latitud, el paisaje se volvía cada vez más frío y húmedo. Mil trescientos cincuenta kilómetros de carretera y unas catorce horas más tarde, llegué a mi destino y Valentín, cumpliendo con su palabra, me estaba esperando.

—Yo fui el primer Valenciano que llegó por estas tierras. Desde entonces, no habéis parado de subir. Aunque ahora lo tenéis más fácil, cuando yo llegué, no había nadie, ni un español. El primer día tuve que dormir en el coche y por



poco no lo cuento. Ahora venís con suite incluida...

—Sí que debió ser jodido... —le respondí.

—Para que contarte... no he pasado más frío en mi vida. Y como no me podía permitir malgastar gasolina, iba encendiendo el coche a golpes cada vez que se me congelaban las piernas.

Aquellas frases no me debieron impactar como lo hicieron. Aquel hombre no tenía nada que ver conmigo, sin embargo, noté desencajarse cada célula de mi cuerpo. Sentí cerrarse mi estómago como una bola de espuma se comprime por la fuerza de un puño. Tomaba consciencia de la magnitud de lo que me había convertido, un emigrante que veía en la persona de enfrente, la posibilidad de uno mismo.

—Para que después estos dos no valoren lo que hacemos por ellos —dijo Valentín señalando con el dedo pulgar a sus dos hijos; Cristian y Marcos, dos jóvenes que se adaptaron rápido a sus nuevas vidas.

Valentín debería tener unos cuarenta años, era rubio de ojos claros y cintura ancha, y no podía negar por el tono de voz y su forma de hablar, que provenía de mí tierra, de Iber.

El apartamento donde vivía formaba parte de un edificio de hormigón visto, tan característico en aquellas latitudes. El color gris lo invadía todo; el cielo, los edificios y las calles, todas ellas de asfalto, incluido las aceras. Los edificios, pintados de colores tímidos, pasaban desapercibidos. Solo algún edificio aislado se teñía de colores vivos y amargos, como sobresaliendo de aquel contexto monótono y solitario, como dando un grito al cielo, una bocanada de aire puro que se revelaba de aquel ambiente tantas veces apagado.

—¿Y qué tal el viaje? ¿Cómo ha ido? —continuó Valentín.

—Cansado. Casi quince horas. Para decirte que he tenido que parar dos veces a dormir...

—Ya te acostumbrarás. Ya verás, con el tiempo lo harás de un tirón.

—Espero que no. A la próxima cojo un avión.

—Eso decimos todos —rio—. Si vieras los gallegos, se meten veinte horas sin parar. Lo portugueses ni te cuento... Lo mejor, ir varios y turnarse. Ni te imaginas lo corto que se hace dormido...

—O hacer noche en un hotel. Oye, ¿hablando de dormir, ¿cómo está lo mío? ¿Me has encontrado una habitación?

—He estado liado. No he podido ver nada, pero no te preocupes.

—Cómo que no me preocupe...

—Aquí hay hoteles, hostales o campings para aburrir. No perdamos más tiempo —dijo Valentín recortando la conversación—, empecemos por La Tête-de-Ran, está a las afueras, pero es el más barato. Está entre La Chaux-de-Fonds y Neuchâtel, las ciudades por donde tienes que empezar a buscar trabajo.

Subimos al coche y nos dirigimos al hotel. La nieve acumulada en los laterales de la calzada formaba muros de más de tres metros de altura. Daba la sensación de circular por el interior de un túnel si no fuera porque el cielo siempre estaba a la vista. El hotel, situado en la colina de una montaña, a más de mil quinientos metros de altura, se encontraba escondido entre gigantes pinos blancos y nieve congelada. Una terraza que se me antojó poco utilizada —incluso en verano— remarcaba la entrada.

El interior del hotel era estrecho, revestido de madera e iluminado con luces artificiales que impregnaba el espacio de una luz anaranjada. Al fondo, el recepcionista aguardaba detrás de un pequeño mostrador de madera.

—*Boonjouuuur* —nos cantó el recepcionista. Un hombre mayor delgado, pelo canoso y mal afeitado que vestía vaqueros y camiseta azul.

—*Bonjour Monsieur. Auriez-vous une chambre pour mon ami? Ce seraient deux semaines, peut-être un mois* —preguntó Valentín.

—*Un moment, s'il vous plaît* —respondió el recepcionista. Agachó la cabeza y revolvió varias hojas entre sus manos sin quitarme un ojo de encima, como si fuera un anticuario que analizaba una pieza de coleccionista.

Valentín y yo nos miramos sin decir palabra.

—*Je suis désolé, il ne me reste aucune chambre disponible pour le moment.*

—¿Qué ha dicho? —le pregunté a Valentín.

—Que no le quedan habitaciones...

—¿Y es normal en esta época?

—Pues no. Este hotel siempre está lleno de españoles... y eso que todavía no están subiendo, pero como el invierno se está alargando, tal vez sea por los turistas que vienen a esquiar.

—Pues no perdamos más tiempo, vayamos a otro sitio... —dije dirigiéndome hacía la puerta y dejando a Valentín y al recepcionista a mi espalda. Esperé en el exterior a que Valentín saliera.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—No te preocupes —dijo Valentín pasando de largo por mi lado—. Sígueme.

Continuamos la búsqueda por los hoteles de la zona, pero no hubo suerte. ¿El por qué? Pues según los hoteleros, los emigrantes de años anteriores dejaron huella y no precisamente de la buena. Se corrió la voz de que ese año la gente que llegaba era igual de problemática que la de años anteriores y decidieron cerrar la puerta a los nuevos. Solo quienes tenían una buena referencia por parte de algún conocido tenía alguna posibilidad de encontrar habitación. Me veía al igual que Valentín durmiendo en el coche y probando mejor suerte al día siguiente. Lo que aterraba, teniendo en cuenta que las temperaturas bajaban de cero grados y que además estaba prohibido, el panorama se volvía tenso y difuso.

El último hotel que visitamos fue el hotel de La Vue-des-Alpes, hotel situado cerca de la ciudad de La Chaux-de-Fonds. El responsable era un emigrante gallego. El ser español y emigrante eran factores que no podía descartar y, sobre todo, esperanzadores.

El hotel, de fachadas blancas y ventanas rojas, estaba dispuesto en la ladera de una montaña que servía de pista de esquí durante el invierno.

Al llegar conocimos a varios españoles y nos advirtieron de que el hotel se encontraba al completo. Me presentaron a Arturo, el dueño, y le expuse mi situación. Lamentándolo mucho, la respuesta fue otra vez negativa: “lo siento, no me quedan habitaciones”.

Por si el futuro decidiese cambiar mi suerte le dejé mi número de teléfono.

—Mario, tenías que haber pillado una furgoneta con los cristales tintados —me dijo Valentín abrochándose la chaqueta antes de subir al coche.

—¿No será para pasar la noche?

—Hombre, no querrás que te meta en medio de mi cama con mi mujer.

—Te recuerdo que fuiste tú quien me dijo que no hacía falta reservar nada.

—Y así ha sido hasta el día de hoy, pero la gente que subió el año pasado fue problemática —dijo entrecomillando con los dedos la palabra problemática.

—¿Cómo de problemática? —repetí el entrecomillado.

—Lo suficiente para mezclar alcohol y policía.

—Qué dices...

—No te preocupes, conozco varios hoteles en Francia. Son más económicos. Mientras tanto, te buscaremos algo por la zona.

—¿Francia?

—Sí, no está lejos.

—...

—No serás el primero.

—¿Cómo de lejos?

—Unos veinticinco minutos en coche, tal vez treinta... depende de *la meteo*. O un poco más si sales de buena mañana. No veas las colas que hacen los *frontaliers*... Ni te imaginas los franceses que trabajan en Suiza...

Los precios de los hoteles franceses eran más económicos, pero los kilómetros de más y el tiempo perdido hacía que al final el resultado fuese menos interesante. Aunque visto lo visto, tampoco me quedaban muchas más opciones.

Pasamos la frontera y llegamos a un pequeño pueblo francés fronterizo con casas de piedra y tejados azules. En las ventanas se acopiaban flores de colores y las casas se retranqueaban de la calle creando espacios ajardinados que aislaban del tráfico y proporcionaban intimidad a los propietarios.

Llegamos a un hotel que parecía por su volumetría, el tamaño y la forma de su puerta, otra granja más de las tantas que nos habíamos cruzado por el camino. No es que fuera gran cosa, pero estaba bien situado, con acceso directo a la carretera principal, lo que me ahorraba tiempo. La parte inferior de la fachada estaba pintada de amarillo y la superior, revestida de madera. Una pequeña marquesina de tejas de cerámica remarcaba la entrada.

Estacionamos el coche en una pequeña explanada frente al hotel. Bajamos del coche y nos detuvimos en silencio frente al edificio.

Respiré hondo.

—Vamos —dije deseando que ese hotel fuera el último.

El interior me recordaba a los edificios de las viejas películas de emigrantes de los años ochenta, donde las casas tenían ese aire *vintage* de la época. Suelos y paredes de piedra, tuberías vistas de cobre, madera desgastada, ventanas pequeñas con flores, barandillas de hierro, duchas y aseos en zonas comunes, suelos de moqueta envejecida, candiles negros colgando de los techos, puertas frágiles con pomos y manivelas de aluminio y recepciones como la de aquel hotel, pequeña, tipo barra de bar en miniatura sobre la que descansaba una lámina de cristal donde se colocaba la información más relevante del hotel.

Un hombre de mediana edad que vestía camisa desabrochada, vaqueros

dos tallas más grandes y gafas de vista de los años sesenta, nos aguardaba con la cabeza baja concentrado en sus cosas. Alzó la mirada por encima de sus gafas caídas sin mover la cabeza. Supongo que debió preguntarse: “A ver de dónde salen estos dos...”, o tal vez pensó otra cosa distinta, pues la realidad es que nos recibió de forma cordial y yo encontré, por fin, una habitación por dónde empezar esta increíble aventura.

*[...] No consigo conciliar el sueño. Doy vueltas en la cama. Me levanto. Abro la ventana. Voy a la cocina. Bebo agua. Me vuelvo a acostar. Estoy inquieta. No consigo conciliar el sueño.*

*Enciendo la lamparilla de noche y me he puesto a leer La Sombra del viento de Carlos Ruiz Zafón. Demasiadas inquietudes para concentrarme, menos para soñar. Al final, me he puesto a escribir. El acto en sí mismo me reconforta, me libera de inquietudes y me vacía el alma de malos pensamientos. Me he prometido que meditaré más a menudo. De inquietudes viven las personas, yo de proyectos que nunca cumplo. Mario siempre me recordaba lo bueno que es meditar antes de encerrarse en su estudio. Lleva mal lo de escribir. Pobre. Cuantas hojas habrán ardido en el calor de la chimenea... Volvía a la cama a horas que nunca recuerdo y al día siguiente, me decía que había estado leyendo.*

*Ahora la cama se ha vuelto más grande y fría. Este vacío impregna la casa. Ya no escucho sus pasos sobre el parqué de madera ni me despierto con un beso de buena mañana, tampoco oigo sus buenos días ni le veo regresar, caída la tarde, al calor de su familia y su hogar.*

*Diario personal de Sara*

Me despedí de Valentín. Subí a mi habitación. Dejé la maleta en una esquina. Medité. Cogí *Ventanas de Manhattan*. Me recosté sobre la cama. Me imaginé recorriendo las calles de Nueva York. Leí, leí y leí, hasta que el cansancio me acorraló y soñé con Sara.

La primera noche dormí bien, pero me desperté abrumado, desasosegado, con la duda de no saber qué hacía en aquella habitación, acostado sobre la cama, bocarriba, todo lo que veían mis ojos en aquel estado de vigilia me resultaba extraño. Incluso la luz del día que penetraba por la ventana como una fuente inagotable de vida, estaba formada por colores distintos, blanquecinos, como si fuera el halo de luz de un proyector antiguo. Me froté los ojos con la esperanza de despertar en mi habitación, junto a mi chica, viendo a través de la ventana la misma fachada de todos los días; una de ladrillo marrón y persianas oscuras donde contemplaba el vaivén de las ramas de los árboles en medio de la calle, ocultándonos de las miradas indiscretas de los vecinos, ofreciéndonos una intimidad a tramos, translúcida, con Kira acurrucada en un lateral de la cama; despierta, atenta, estirándose sobre ella misma de la posición inflexible que había mantenido durante la noche. Y yo, por costumbre y antes de levantarme, extendía mi brazo en busca de la luz cálida de mi lámpara, sobre la mesita de noche, donde solían descansar mis novelas inacabadas. Pero no estaba allí, desperté en otro país, en otra habitación. Sin el calor de mi chica ni el tacto a algodón de Kira. Sin encontrar el marco marrón de mi ventana ni la fachada de ladrillos vistos de todos los días. Desperté en una habitación desconocida, repleta de lamas de madera. Lamas en las paredes y en el techo, con una pequeña ventana del mismo material junto a la cama, sin mesillas de noche ni sillas, pero con un pequeño lavabo de porcelana al lado de la puerta y un armario de tela donde había guardado mi ropa.

Me sentía extraviado, desorientado, embriagado todavía por la dureza del viaje, por no encontrar a mi chica en los bonitos despertares acompañados, dándonos el primer beso de la mañana, robando tiempo a las obligaciones del día, adueñándonos por momentos del control de nuestras vidas. Desorientación que no duró demasiado; un instante, el tiempo suficiente para situarme y recordar qué hacía allí. Pero no pude evitar sentir vértigo, abrumarme ante la tarea titánica que tenía que realizar.

Me acerqué a la ventana para descubrir que se escondía al otro lado de su

marco de madera; un río por el que descendían aguas bravas y espesas, atravesaba zigzagueando una infinita pradera de nieve. Al fondo, un bosque de pinos blancos enmarcaba el paisaje y en lo alto, un azul celeste con nubes de terciopelo y un sol radiante convertía la imagen en sublime. Me quede hipnotizado, admirado por aquel prodigio de la naturaleza, reflexionando sobre la grandeza y lo increíble que es la vida. Hasta ese momento no había tenido ni la serenidad ni el tiempo necesario para pararme, respirar y disfrutar de los paisajes que descubría. Pensé en lo que debe condicionar y marcar vivir en un lugar así, de lo afortunados que son aquellos que lo pueden disfrutar todos los días. De lo que influirá en el carácter los aspectos físicos del lugar donde se nace. Entonces, la nostalgia golpeó mi mente. Me acordé de Iber, del mar y del sol, de los terrenos llanos y áridos, de los árboles frutales, de las avenidas con palmeras, de los campos de arroz, de las playas... y me dije a mi mismo que tampoco estaba nada mal. Me pregunté si me quedaría igual de sorprendido si perteneciera a este lugar y viera por primera vez una puesta de sol en los campos de arroz o un amanecer en el mar.

Sin duda que sí, ver nacer el sol a través de las aguas dormidas es de los paisajes más bonitos a los que se puede aspirar.

Me di cuenta de lo poco que disfrutamos de nuestros paisajes, el tenerlos cerca, a nuestro alcance diario, hace que lleguen a desaparecer. Solo en momentos ocasionales nos percatamos de su presencia. Es como si de repente el tiempo se parara, se apagaran las luces y solo quedáramos los dos, uno enfrente del otro, transmitiendo sentimientos que no llegamos a entender. Una conexión invisible entre la tierra y nuestro ser más interior.

Dejé de lado mis pensamientos. Tomé una ducha de agua caliente en los baños comunitarios. Un paraban desde la rodilla hasta el cuello hacía que el pudor fuera más soportable. Preparé los documentos que debía entregar en el *chômage* —el equivalente al paro en España— y bajé al comedor. Una vieja estancia compartida con una pequeña cocina rodeada de mesas y sillas donde uno mismo se preparaba la comida. Tomé un café y unas tostadas. Salí a la calle. El frío paralizaba las extremidades y el pensamiento. Los carámbanos descolgaban de las cornisas como si fuera decoración barroca adherida a las fachadas. El hielo se pegaba al asfalto y en algunos puntos la nieve acumulada por las máquinas sobrepasaba las farolas. Solo se escuchaba el silencio. La vida parecía no haber llegado a aquel pueblo fronterizo.

Unos treinta minutos entre retenciones y semáforos, llegué a La Chaux-de-

Fonds. Encontré el *chômage* para poder inscribirme y así, evitar perder la prestación por desempleo que cobraba del estado español. Las diferencias que encontré con respecto a mi país, me hicieron darme cuenta como si viviera en una realidad paralela, de que aquello nada tenía que ver con lo que estaba acostumbrado.

Me acerqué a aquel edificio viejo, antiguo y torturado por el tiempo. Lucía las heridas en la piel de sus fachadas como marcas de guerra victoriosas. Señales de sufrimiento y fortaleza de los extremos inviernos a más de mil metros de altura.

Una escalinata de piedra, de mampostería labrada a mano indicaba desde lejos la entrada, al igual que lo hacía aquella horrible marquesina amarilla que nada tenía de encantadora y menos, de bella.

El interior del edificio estaba formado por pavimentos de losa gris envejecida, con relieves y aristas, como lascas de un tronco de madera. La parte inferior de las paredes estaba revestida de la misma piedra gris y la superior pintada en blanco. Un gran ventanal dispuesto sobre la entrada inundaba de luz la estancia.

Subí la escalera interior también de piedra con una barandilla de hierro repleta de relieves y curvas. En la primera planta, una puerta metálica, roja y pesada, me separaba del ambiente encantador y mágico de la escalera del interior de las oficinas donde al entrar se notaba que la magia decaía. Trozos de materiales modernos y prefabricados, dispuestos o ensamblados sin alma, sin encanto y sin magia. Falsos techos desmontables, materiales indisolubles, luces al libre albedrío, mobiliario mal dispuesto y en general, feo. A uno le entraban ganas de quedarse esperando en la escalera en vez de adentrarse en aquella sala de asientos de plástico y ambiente a hospital, si no fuera porque era allí donde te venían a buscar.

—*Monsieur Santacruz?* —preguntó un hombre de mediana edad desde la puerta. Vestía pantalón de traje y camisa blanca.

—Sí, soy yo —respondí alzando el brazo y abandonando mis pensamientos enfocados hacía la ventana.

El señor esperó a que llegara a su posición y me saludó dándome la mano. «¿Puede acompañarme por favor?», me dijo. Giró sobre si mismo y se dirigió al interior de las oficinas.

Le seguí.

Llegamos a su despacho y después de tomar asiento me entrevisté con él.



Empezó la conversación como no podía ser de otra forma, preguntándome si era español. Cuando alguien me preguntaba de qué nacionalidad era, no sabía muy bien que responder. Qué relación haya tenido con gente de mi nacionalidad o que impresión tenga de la gente de mi país, son hechos determinantes que influyen en la percepción de su gente. Por suerte, este señor tenía una buena sintonía con los españoles.

Empezó a hablarme de su familia, de lo mucho que le gustaba España, su gastronomía, el clima y las playas... Vamos, que el hombre estaba encantado. Me confesó que su suegra tenía un piso en Ibiza y siempre que podían, se escapaban a la isla al menos tres veces al año. A medida que íbamos cogiendo confianza, me revelaba hechos más personales que profesionales. Hasta el punto de confesarme que tanto le gustaba España que a su hijo le puso por nombre Paco.

—¿Pero usted tiene raíces españolas? —le pregunté.

—No.

—¿Y su mujer es española?

—Tampoco. Holandesa, pero nos gusta el nombre de Francisco, aunque es muy difícil de pronunciar en francés. Por eso le pusimos Paco...

Me explicó que iba a ser mi *conseiller*. Que el estado suizo lo ponía a mi disposición para ayudarme a encontrar trabajo, integrarme y resolver las dudas que pudiera tener en relación al funcionamiento del país. Además de crear estrategias de búsquedas de empleo, mejorar la calidad de mi currículum, orientarme e incluso inscribirme en los cursos que pudieran ser de utilidad, también tenía la obligación de revisar que yo cumplía con mi deber. Y este consistía en justificarle con cuños firmados por las empresas que todas las semanas visitaba al menos, cuatro en busca de empleo. Inteligente, lógico y responsable por todas las partes. Con una tasa de paro baja, una búsqueda de empleo activa y con la ayuda de un consejero que conocía bien el mercado laboral, la posibilidad de encontrar un empleo eran altas. Ellos se quitaban un parado y yo encontraba trabajo. Todos contentos.

Fue durante estas búsquedas de empleo donde experimenté una sensación extraña. Recorría las calles con la admiración desenfrenada de un turista y la inquietud angustiada de un desempleado. Caminaba por calles desconocidas con una carpeta de currículos en la mano y en la otra, un mapa. Buscando lugares estudiados sobre una cuadrícula de papel. Un entramado de líneas que

ofrecía al espectador los lugares más importantes, la estética de los edificios más antiguos, la vida de las calles más concurridas, el urbanismo que regía el día a día de sus ciudadanos... Mientras intentaba, desesperado, encontrar un empleo. “Lo mejor es que empieces echando los currículos en las ETT (Empresas de Trabajo Temporal). La mayoría de empresas privadas acuden a ellas para contratar”, me aconsejó Valentín. Le hice caso.

En todas las ETT las recepcionistas me cogían el CV, me daban las gracias y me aseguraban de que se lo entregarían a la persona adecuada. Cuando salía de una de estas empresas sentía una esperanza desmesurada, una impaciencia enfermiza y una desesperación aplastante por no saber si me llamarían.

Y así pasé los primeros días cruzando la frontera en busca de empleo hasta que Arturo, el propietario del hotel La Vue-des-Alpes, me llamó para ofrecerme una habitación en su hotel. Un cliente suyo tuvo que volver a España de forma repentina y dejó una habitación libre. Se acordó de mí y yo la acepté de buen agrado. Con los emigrantes que se encontraban buscando alojamiento, no era de extrañar que alguien se hubiera adelantado o que hubiese pasado justo cuando la habitación quedase libre. Al dueño, en tal de tener la habitación alquilada le debería dar igual quien fuera el inquilino siempre y cuando se asegurase de que no era una persona problemática. Por lo que deduje que debía ser buena persona. Esa misma noche me despedí del hotelero francés y me mudé a Suiza, a 1.283 metros de altitud y contemplando desde la ventana de mi habitación, los imponentes Alpes suizos. No he encontrado un lugar donde se aprecien mejor. No en vano, la traducción del nombre del hotel significa “el mirador de los Alpes”.

El pueblo o ciudad más cercano del hotel era La Chaux-de-Fonds, ciudad situada a una altitud aproximada de mil metros a la que se accedía a través de una carretera convencional de doble sentido y pendiente descendiente. En ese periodo, marzo, y en esa altitud, el clima era frío y la nieve una constante. El hotel y las carreteras se teñían de blanco y solo las máquinas quitanieves sacaban a relucir el negro asfalto.

En temas de nieve puedo confesar que era y todavía soy, un auténtico novato, y como yo todos mis compañeros; españoles, la mayoría valencianos, que eligieron ese lugar del mundo para empezar sus nuevas vidas. Con algunos conviví unos meses como fue el caso de Santi y Javier, que aprovechando las vacaciones de verano bajaron a España para no volver. Otros regresaron obligados por situaciones que no controlaban, como fue Iván; un gallego que

se marchó porque su madre se puso enferma. Y hay quienes abandonaron Suiza y volvieron a los pocos meses arrepentidos. Hay quienes están esperando el momento oportuno para volver. Otros, no quieren hacerlo nunca.

Entre todos, ninguno había vivido en regiones habituadas a la nieve y a las bajas temperaturas. Hubiera ayudado y mucho. Todas las mañanas no había días que nos librara del trabajo matutino de quitar la nieve acumulada del coche durante la noche. A temperaturas bajo cero, con total desconocimiento de causa y sin las herramientas necesarias, esta tarea se convertía en un verdadero sacrificio que servía para empezar el día bien despierto.

Cada uno lo hacía como podía o como creía, pues he visto utilizar escobas, paños mojados, incluso botellas de agua caliente —lo que es una temeridad porque el cambio térmico puede dañar el vidrio y producir que se empañe a los pocos segundos— en tal de estar expuestos al exterior el menor tiempo posible. Y ni os cuento los días que nevaba más de lo normal, esta tarea se convertía en una desesperación. Cuando tenías una parte limpia y pasabas al otro lado, la primera se volvía a llenar de nieve y así hasta el infinito. Igual ocurría con las carreteras, aunque para evitarlo los encargados de limpiarla echaban un tipo de sal que derretía la nieve y, al mismo tiempo, el coche.

Investigamos como hacían los nativos para reducir el trabajo de cada mañana. Descubrimos que existía una herramienta específica formada por dos partes; un tipo de escoba que quitaba la nieve suelta y, por el otro, un rascador que quitaba la capa de hielo adherida al vidrio. Una herramienta que todos llevaban en su coche como si fuera parte indivisible del mismo.

Nada más conocer donde se vendía me dirigí junto a Sebastián; un cuarentón de metro noventa y otro tanto de ancho, y Braulio; un chico delgado, de piel morena y cabello oscuro —un poco más mayor que yo—, a hacernos con uno. Como olvidar aquella mañana.

Hacía más frío de lo habitual, las bajas temperaturas se mezclaban con un viento fuerte del Norte que transformaba los copos de nieve en astillas de hielo; agujas afiladas que buscaban cualquier resquicio o resorte para introducirse en la piel desnuda. Esperamos a que el temporal cesara, quitamos la nieve del coche y nos dirigimos al centro comercial, pero a mitad de camino el temporal emergió con más fuerza.

—Dichosa nieve... no sé cómo hay quien dice que le gusta... —dijo Braulio levantando los brazos del volante.

—Haz el favor de coger el volante y mirar la carretera. No quiero volver a España en una caja —dijo Sebastián.

A medida que avanzábamos la nieve cubría el auto y la visibilidad disminuía. En la parte delantera los limpia-parabrisas más el brazo de Sebastián, se ocupaban de quitarla. En la parte trasera el limpia no funcionaba y la visibilidad por los laterales era nula. Y así continuamos el trayecto, con visibilidad reducida y una velocidad de tortuga directos al centro comercial.

A escasos metros del parking, Braulio gritó:

—¡La policía secreta! Acaba de poner la sirena y viene detrás de nosotros.

—¿Qué? —respondí.

—Sí —respondió Sebastián tranquilamente mirando por el retrovisor lateral como si aquello no fuera con él.

—¿¡Cómo que sí...!?! —dije girándome en busca del coche de la policía, pero la nieve imposibilitaba cualquier intento y tampoco era cuestión de bajar la ventanilla y sacar la cabeza...

Os podéis imaginar la escena, tres valencianos montados en un coche con matrícula española, cubierto de nieve, conduciendo despacio y solos por aquellas calles postapocalípticas. Braulio y Sebastián con las ventanillas bajadas y los brazos por fuera, ayudando al limpia que no daba tregua, y yo detrás, chupando el aire frío que se colaba de la parte delantera, muerto de frío, confundido y perseguido por la policía, incluida la sirena.

Tal vez nos hemos saltado una señal o esté prohibido circular con este tiempo, pensé.

—¡Pero decid algo! ¿Qué ocurre? —pregunté sin obtener respuesta—  
¿Estáis mudos...?

Ni se inmutaron. Braulio, simplemente, detuvo el coche y apagó el motor.

—¿Qué haces? —le pregunté.

No respondió.

Silencio.

Más silencio.

¡PUM! ¡PUM! Dos fuertes golpes en las puertas traseras del coche. Al instante, estas se abrieron de forma brusca y coordinada.

Dos agentes se asomaron, uno por cada lado, y yo en medio, con cara de tonto pasmado como si estuviera viviendo la escena de una ridícula comedia, intentado descifrar aquella absurda situación y esforzándome en entender lo que aquellos dos agentes me decían demasiado deprisa.

Nos pidieron la documentación y nos obligaron a quedarnos dentro del coche, lo que agradecí. La policía fue brusca al principio, pero se relajó a medida que le explicábamos nuestra situación. Fueron comprensivos y nos perdonaron la denuncia. Nos explicaron que en Suiza estaba prohibido circular sin tener todo el coche limpio de nieve y si hacía falta parar y quitarla cien veces, pues eso... Cada cristal con poca visibilidad, incluido los faros, eran doscientos francos de denuncia y la retirada del carnet de conducir.

Llegó abril, había pasado un mes desde que abandoné mi país y por qué no decirlo, sin éxito. Las temperaturas aumentaban y la nieve desaparecía. Todos mis compañeros habían encontrado un empleo. Solo un hombre al que le quedaban pocos años para jubilarse y un chico más joven que yo, se encontraban en mi misma situación. Este último, entre confesiones y conversaciones melancólicas, me confesó que su situación en España era alarmante, que había perdido hacía demasiado tiempo su empleo y desde entonces, no había vuelto a conseguir otro. Que no cobraba ninguna prestación y si todo continuaba igual, el banco acabaría por embargarle el piso. Que su suegro le había prestado dinero, pero que la cantidad prestada no le daba para aguantar más tiempo.

Y así lo hizo, en contra de su voluntad pero obligado por la situación, a los pocos días de hablar conmigo. Rehízo las maletas, se despidió y volvió a España con un sentimiento de asfixia que imagino, le dudaría bastante tiempo.

Pasaron los días y el trabajo no llegaba. Según mis compañeros — oficiales de la construcción—, las empresas elegían primero a candidatos con experiencia para meterlos de peón. Por ese orden, me quedaba fuera. Yo tenía experiencia como técnico, pero no como trabajador no cualificado. O había más trabajo que gente buscando empleo o lo iba a tener difícil.

No sé por qué, pero indagué sobre los empleos que se anunciaban de mi profesión. La cantidad de ofertas que veía me sorprendían e incluso me esperanzaban, pero era consciente de que la barrera lingüística era un obstáculo demasiado importante como para ejercer de arquitecto técnico en un país de habla distinto al mío. No sé si fue la desesperanza, la ignorancia o la motivación del momento, pero aquel día fue distinto. Me ilusioné con la idea de poder vivir de mi profesión y, además, me veía con posibilidades de poder conseguirlo. Lo vi claro, cambiaría de estrategia. Quién sabe, puede que las empresas tengan tanto trabajo que paguen cursos de francés, pensé.

Preparé un dossier justificando mi experiencia y mi formación. Hice números. Las previsiones estadísticas invitaban al optimismo. Si enviaba doscientos CV y de estos me respondían el cinco por cien, tendría diez posibilidades de éxito. Si de estas diez empresas había una que me contratara, lo habría conseguido. Envié mi dossier a todas las empresas donde intuía que podía tener posibilidades.

Pasaron los días y me sorprendió el hecho de que las empresas me respondieran con una carta escrita, aunque la respuesta fuera negativa. En ella exponían los motivos por los que no me contrataban y me devolvían el dossier. Las justificaciones solían ser las mismas: la plantilla está al completo o actualmente no buscamos a un candidato de su perfil. Al menos me ahorra tiempo y dinero, ya que el dossier estaba formado por más de treinta páginas: una carta de presentación, el CV, títulos, certificados y una justificación fotográfica.

Llegó el mes de mayo. Me quedaba un mes de permiso, hasta el día tres de junio. Dando la razón a mis estadísticas y coincidiendo con lo previsto, nada más transcurrir un mes desde que empecé las nuevas búsquedas de empleo, las empresas empezaron a llamarme, y no para trabajos poco cualificados, sino de mi profesión. Las empresas pertenecían a todo el territorio de habla francesa: La Chaux-de-Fonds, Ginebra, Friburgo, Lausane, Bulle... En total once entrevistas de las cuales no olvidaré la primera por la extrañez de la misma.

Como acordamos me dirigí a las oficinas de una empresa de trabajo temporal establecida en Friburgo. En la misma acera había carteles de madera con todo tipo de ofertas. Acostumbrado a los últimos años en España donde encontrar un trabajo fuese el sector que fuese era impensable, ver quince o veinte ofertas en el portal de la entrada, invitaba al optimismo. Optimismo que desaparecería al descubrir que todas las empresas tenían siempre los mismos anuncios, y solo servían de publicidad y de cebo. Para que la gente dejara allí su CV y las ETT tuvieran un abanico de trabajadores a su disposición cuando conseguían una oferta de empleo.

Un cartel grande, blanco, dispuesto en un lateral del zaguán, indicaba la planta donde me dirigía. Tomé el ascensor. En el rellano otro cartel indicaba la entrada de las oficinas.

Todo en aquella escalera era silencio. No se escuchaba nada y a nadie, alejado del sonido incesante de la calle, de los cláxones impacientes, de las sirenas que llegaban tarde, del martillar de las obras, de los gritos casuales,

del susurro de los aviones, ... Cuando abrí la puerta la paz terminó y llegó el sonido estridente y molesto de la gente que hacía cola hasta la entrada. Toda una mezcla de sonidos bruscos, molestos, desproporcionados, conversaciones en varios idiomas, el teléfono que no cesaba, una música de fondo que casi no se escuchaba, la cisterna del baño que emergía de entre el barullo y la secretaria alzando la voz por encima de todos, intentando avisar al siguiente desesperado. Dos realidades separadas por una puerta. Puerta que cerré al ponerme en la cola.

Las oficinas me transmitieron una sensación de efímero, temporal. Mamparas viejas y feas, amarillentas, opacas en la parte inferior y vítreas arriba, con persianas plateadas de lamas torcidas entre los cristales para esquivar las miradas indiscretas de los visitantes. Daba la sensación que en cualquier momento podían desmontar aquel circo y montarlo en un lugar distinto.

Llegó mi turno. La secretaria no me hizo esperar. Me acompañó a una pequeña sala de reuniones.

—Espere aquí por favor —me dijo abriéndome la puerta e invitándome a entrar—. En un momento vendrán a atenderle. ¿Desea un café? ¿Tal vez un poco de agua?

—No, gracias. Está bien así.

La recepcionista se fue y allí me quedé yo, de pie, en medio de aquel caos de oficina donde contratar y despedir era tan normal como dar la mano al entrar. Dos hombres trajeados que impregnaban el ambiente con su perfume y su pelo engominado, entraron con la mano tendida pidiendo que tomara asiento. Les hice caso. Tardaron en llegar un par de minutos, el tiempo suficiente para analizar aquella sala donde me encontraba y que sentí demasiado pulcra, demasiada austera. Ningún cuadro, ningún mueble, nada. Solo paredes blancas y una mesa en el centro del mismo color. Solo un reloj negro colgado de la pared, destacaba de aquella sala neutra y fría. Reloj que sobresalía para poner de manifiesto lo importante que era allí, no perder el tiempo. Supuse que tampoco conmigo.

Me senté donde me pilló más cerca y ellos hicieron lo mismo, a mi izquierda, junto a la puerta. No deben tener demasiado interés o deben tener prisa, ni siquiera el segundo hombre, el que está más alejado de mí, se ha tomado la molestia de dar la vuelta a la mesa y sentarse a mi lado, pensé. Aunque puede que solo fuera el pensamiento de un joven que se jugaba

demasiado.

Empezamos como se suelen empezar estas entrevistas, con preguntas generales y de cortesía que sirven para hacerse una idea del entrevistado y evaluar el nivel del idioma. Preguntas tipo: ¿Por qué ha decidido venir a Suiza? ¿Tiene usted pareja? ¿Ha venido con ella? ¿Dónde vive ahora?... Pero a medida que la entrevista avanzaba, las preguntas se focalizaban en mi profesión y yo me sorprendía al ver que era capaz de responder de una forma fluida a todas las preguntas. Las entendí todas y la que no, la deduje por el contexto de la frase. Atrás quedó la última vez que crucé los pirineos. De una forma constante e inconsciente, absorbía y hacía mío, un idioma que no me pertenecía, pero que, sin darme cuenta, estaba formando parte de mí.

La entrevista iba bien o al menos esta era mi impresión, hasta que el hombre más próximo a mí me levantó la voz, como recriminándome algo que no había cometido y acto seguido, me guiñaba el ojo, oculto de su compañero.

¿A este hombre que le ocurre? Esto debe ser una broma... pensé.

Y así tres veces seguidas.

Entendí que el hombre que se encontraba más alejado y que no había hablado, era su superior y el que me levantaba la voz solo intentaba ayudarme mientras hacía su trabajo. Pero hartado de la necesidad que tenía por encontrar un empleo, me enfadé, y aunque no lo hiciera notar porque mi objetivo estaba por encima de mis sentimientos, estuve a punto de levantarme e irme. Solo me faltaba aguantar a alguien que me faltara el respeto.

Nunca me llamaron de aquel lugar. Tal vez esperaban que hiciera lo contrario, haberme ido. Hubiera perdido lo mismo, nada.

Esta entrevista me sirvió como preparación de las siguientes. Analicé como fue, que me preguntaron e intenté hacerlo mejor en las posteriores.



Mi tiempo de permiso finalizaba en dos semanas, era mediados de mayo y mi única duda era saber si las empresas que me habían entrevistado iban a responderme, aunque la respuesta no fuera la deseada.

Llegó el jueves treinta de mayo. Estaba sentado en el banco del pasillo de las habitaciones del hotel quemando los últimos cartuchos a modo de correos electrónicos cuando noté que el banco empezó a vibrar. Era mi móvil. Me llamaban. Reconocí el número. Me había llamado antes. Era una de las empresas que me había entrevistado. Con el corazón en un puño y dando un salto, me puse de pie y descolgué el teléfono.

—Buenos días. ¿Podría hablar con el señor Santacruz por favor? —me dijo una voz dulce y femenina.

—Sí, soy yo.

—Señor Santacruz, le llamo del estudio BureauCT para preguntarle si está todavía buscando empleo.

—Sí, así es.

—A raíz de nuestra entrevista, nos gustaría contratarle. ¿Cabría la posibilidad de concertar una cita para hablar de los términos del contrato? ¿Tal vez el próximo lunes, sobre las 08:30 de la mañana? Si está interesado, claro.

—Por supuesto, allí estaré. Gracias.

Colgué el teléfono y me volví a sentar al notar que todo giraba.

*[...] He visto varias veces el reloj, los minutos no pasaban. Era Mario y a pesar de ello, parecía una entrevista de trabajo. Pero tenía tantas ganas de verle, de hablar con él, de escucharle decir que pronto íbamos a estar juntos.*

*Le he llamado por Skype. La melodía sonaba. Es horrible, por cierto. Hubieran podido utilizar otra que transmitiera la emoción de ese momento. La percepción del tiempo cambiaba, los segundos se alargaban y la espera se volvía eterna. La mirada atenta en la pantalla. He contenido el aire y esperado a*

*que la música se detuviera, a que descolgara. Y así ha sido. Ahí estaba. Y parecía estar bien.*

*He hablado con él. No había nada impostado, nada artificial. Podía estar tranquila. Y él igual al verme. He acariciado la pantalla esperando notar su calidez, volver a sentir su tacto olvidado, pero el metal ha desvanecido cualquier esperanza, como se ha desvanecido su voz al hacer clic en el botón de colgar.*

*Diario personal de Sara*

Sentí felicidad, satisfacción y la impaciencia de contarle a mi familia lo que había conseguido. El lunes próximo era el día tres de junio, tres meses exactos desde que llegué a Suiza. Hasta el último día. Caprichoso destino...

Primer objetivo conseguido.

Segundo objetivo: hacer que Sara viniera a vivir conmigo. Para ello, solo necesitaba conseguir un apartamento.

Llegó el lunes, el día que se convertiría en mi primer día de trabajo.

Llegué temprano a las oficinas. Estaban situadas en el primer piso de un edificio de viviendas situado en la parte alta de la ciudad. Aparqué el coche cerca. Un jardín de césped natural y arbustos separaba la entrada del edificio de la calle. Busqué Bureau CT en los buzones. Subí las escaleras y llamé a la puerta.

—*Bonjouuur Monsieur. Monsieur Santacruz?* —me dijo un hombre joven, de unos cuarenta años con un pañuelo de seda azul envuelto al cuello, pantalones vaqueros y un polo rosa.

—*Oui, c'est moi* —respondí.

—*Monsieur Mayoraz. Enchanté* —me dijo tendiéndome la mano—. *Passez vous sil-vous-plaît.*

El señor Mayoraz me recibió cordialmente y me mostró las oficinas. Me sorprendió que su despacho estuviera al lado de la puerta de entrada. Lo entendí al ver el resto. Era un piso de una habitación destinada a vivienda y transformada como oficina. El despacho correspondía al dormitorio y al fondo, en una sala abierta e iluminada por una antigua terraza acristalada que debió ser el salón, se disponían los puestos de trabajo de los empleados. En la cocina se encontraba la zona administrativa.

Una vez recorridas las oficinas, me hizo pasar a su despacho. Me explicó las condiciones laborales y contractuales del trabajo —que me parecieron increíbles—. Me asignó un escritorio y me entregó el proyecto de la obra que iba a dirigir.

A las 17:00 h terminé la jornada laboral descubriendo más del funcionamiento del estudio que realizando cualquier trabajo. Fui a la biblioteca. Cogí un libro de construcción que me pareció por el gran número de dibujos, el más didáctico. Salí a correr. Volví al hotel. Cené junto a Braulio y Sebastián una tortilla de patatas que este último había preparado el día anterior.

—Buenas noticias: las dos semanas de prueba se han prolongado hasta después del verano —dijo Sebastián.

—Enhorabuena —le dije.

—Estaba acojonado con el francés, pero en la fábrica hay quien habla todavía peor —dijo Sebastián.

—¿Peor? Estás de broma... —dijo Braulio— Si lo único que dices es “là – là – là” y no sabes lo que significa.

—El listo... Si Mario tiene que hacerte de traductor en el *chômage* porque no te enteras —le rebotó Sebastián.

—Y gratis —respondí.

—Eso, págate unas cervezas —insistió Sebastián.

Bruno me miró de reojo.

—Sebastián lleva razón...

Bruno hizo un gesto de rechazo con su mano. Se levantó arrastrando la silla, abrió la nevera y trajo tres cervezas.

—Sebastián, algo tendrás que pagarte por el trabajo... —dijo Braulio levantando su cerveza.

—Yo os las pagaré en el bar, tacaño —dijo Sebastián levantando la suya.

—¿Y si te renuevan el contrato que harás? Dos horas de coche todos los días son muchas —le pregunté a Sebastián levantando mi cerveza.

—Tendré que alquilar algo por allí...

—Bueno, por nosotros y por el trabajo —dijo Braulio.

—Amén —dije.

—Bien dicho —dijo Sebastián.

Brindamos y dejamos las cervezas sobre la mesa.

—Y ya de paso si os enteráis de un piso que se alquile, decírmelo —dije.

—Que sean dos. Si viene mi familia que tenga donde dormir —dijo Braulio.

Durante la cena siempre poníamos la TV conectada al ordenador para ver los canales españoles. En las noticias acababa de salir la imagen de un niño muerto en la orilla de una playa.

—Pobre... —dijo Sebastián— No hay derecho, tan pequeño...

—Como para quejarnos... —dijo Braulio.

Braulio llevaba razón. No era justo. Nosotros éramos emigrantes, llevábamos la misma etiqueta adherida a la piel como la llevaba ese niño, pero nosotros no nos jugábamos la vida cruzando mares ni huyendo de países en guerra. Lo nuestro —bueno, hablo por mí—, era otra cosa. Yo emigré de forma segura y por decisión propia, sin estar motivado por ningún tipo de

terror o miedo como puede ser el hambre o incluso la muerte. Pero no se puede evitar de forma inconsciente relacionar las imágenes de los casos más extremos y trasladarlas a todas las situaciones. Pero no todos los emigrantes son gente pobre pasando calamidades. Como por ejemplo fue mi caso. Yo solo buscaba un sustento económico ante una situación que no era buena, pero que, en todo caso, distaba mucho de ser peligrosa y sabiendo de antemano que si no hubiera encontrado un empleo que me hubiese permitido establecerme, no hubiera ocurrido nada, hubiera vuelto a mi casa para rehacer mi vida, sin el peligro de morir de hambre o de alguna bala perdida.

*[...] Pienso en Mario a todas horas. Le echo de menos. La gente no me lo pone fácil, todos me preguntan por él.*

*Me he puesto la foto que me mandó en la entrada. Ha quedado preciosa. Por más que intento llenar la casa de fotografías, no consigo llenar el vacío que ha dejado en ella. Por lo menos el hoy no tiene nada que ver al mañana.*

*Todo me preguntan por él, qué tal le va todo, si está bien en el trabajo, si tiene pensado volver pronto.... Les respondo que todo le va genial, que ha encontrado un trabajo donde le valoran, que por fin alguien reconoce su talento. Que sus compañeros le tratan bien y ha hecho amigos nuevos. Que el idioma ya no es un problema porque lo ha aprendido increíblemente deprisa. Siempre les cuento lo orgullosa que estoy de él.*

*A veces sueño en que vuelve a casa. Que todo esto fue un mal sueño y todo volvía a estar como antes.*

*Diario personal de Sara*

Braulio y Sebastián se fueron a dormir nada más cenar. Yo me quedé en el salón hablando con Sara por Skype. Luego subí a la habitación. Me recosté en la cama. Leí *Último día de un condenado a muerte* de Victor Hugo mientras mi mente divagaba por otras páginas. Me sentía feliz al saber que pronto íbamos a estar otra vez juntos. Me dormí y esta vez soñé que volvía a ser un niño que recorría Iber cogido de la mano de su padre.

Mi vida diaria durante los primeros días desde que encontré trabajo consistía en trabajar de 07:00 h a 17:00 h y después, asuntos personales que en ese momento se focalizaban en encontrar un apartamento.

En Suiza la mayoría vive de alquiler. Las condiciones para optar a un piso son estrictas. Las agencias piden toda una serie de condiciones y documentos que les garantice el cobro. El problema para los recién llegados era que los contratos de trabajo tenían tres meses de prueba y para optar a paro debías de tener cotizado al menos, un año. Las agencias no alquilaban a nadie que pudiera tener dificultades en pagar.

Un año era la distancia interpuesta entre Sara y yo suponiendo que el trabajo no me fallase. Las opciones empezaban a desaparecer y una nueva realidad que ni había previsto ni contemplado, pero que las circunstancias la convertían en realidad, cogía una nitidez aterradora. Por lo visto, solo el azar, la suerte, o tal vez el destino, podía hacer que mi suerte cambiara y en ella, se incluía un mortero.

Los domingos los solíamos celebrar de la forma tradicional entre valencianos, con una paella, un plato que nos acercaba a casa. Los recuerdos y la gastronomía son de las pocas cosas que un emigrante puede llevarse a cualquier región del mundo.

Aquel domingo cambiamos la paella por una barbacoa, que no estaba nada mal.

—Como entraría este bocata con ajoaceite... —dijo Braulio.

—Si queréis preparo un poco. Me sale buenísimo —respondió Sebastián.

—A ver quién es el listo que se ha traído un mortero de casa, como no hay mejores cosas que llevarse cuando uno emigra... —dijo Braulio dirigiéndome media sonrisa.

—Antonio seguro que tiene... —dijo Sebastián.

—¿Y si compramos uno? —dije.

Nos recorrimos todos los centros comerciales y tiendas de la zona, pero no hubo suerte. De hecho, llegamos a creer que no existían y dejamos de buscar. Hasta que un día, en el momento menos esperado, apareció.

Paseaba con Braulio y Sebastián por las calles empinadas de La Chaux-de-Fonds. El sol y el buen tiempo es un bien que no se desperdicia. La gente disfruta con paseos matutinos y las casas se abren para absorber la vitalidad del sol. Las mallorquinas, en otros periodos diques de contención de nieve, estaban abiertas de par en par, dejando que el aire fresco entrase a bocanadas para llevarse aquel ambiente rancio y cerrado de sus casas.

Pasamos por delante de un escaparate de vidrio, esquinero, repleto de productos españoles y otros tantos desconocidos, con decenas de carteles en la fachada y publicidad pegada en celo. Era una pequeña tienda de alimentos, pulcra y acogedora. Cual fue nuestra sorpresa cuando vimos al fondo de la vitrina, entre unos recipientes de cerámica, un mortero amarillo con manchas negras y un mazo de madera.

—Mira dónde está —dijo Braulio señalando con el dedo y entrando a la tienda.

Seguimos a Braulio y accedimos al interior.

—*Bonjour Messieurs, Est-ce que je peux vous aider?* —nos preguntó la dueña; una mujer mayor con sobrepeso que desprendía aire afable y sincero. Vestía delantal oscuro y zapatillas ortopédicas a conjunto.

—*On voudrai un mortero. Verre, là* —dijo Braulio como pudo señalando con el dedo el mortero—. *Là. Là. Ahí.*

—Como se maneja... —me dijo Sebastián en voz baja.

Me reí por dentro.

Esta mujer, veterana y curtida, no tardó ni un momento en hilarnos. Como un ave rapaz, nos caló al instante.

—De que parte de España venís muchachos, si se puede saber... El acento, por mucho que se intente no se puede esconder.

—¡Pero si habla español! —dijo Braulio como si aquellas palabras le hubieran cambiado la vida.

—De Valencia, señora. ¿Y usted? —respondí.

—Sí que hablo español, sí. Gallega. ¿Sois los tres valencianos?

—Sí, señora —respondí.

—Sí que están mal la cosas por vuestra tierra, antes solo veía subir gallegos. Ahora no paran de subir valencianos.

—¿Señora, todos estos productos son españoles? —preguntó Braulio que se había desentendido de la conversación y se había puesto a mirar los productos del mostrador-frigorífico.

—Bruno, tú a lo tuyo... —dijo Sebastián.

—De la misma tierra. Tengo chorizos de Requena, marisco gallego, arroz de Valencia, quesos manchegos, vinos de La Rioja... como si estuvierais en casa.

—¿Son picantes? —preguntó Braulio señalando con el dedo unos chorizos.

—Esos no, pero también tengo. ¿Quieres probar uno?

—Ponme tres.

—¿Vas a invitar a cenar? —dijo Sebastián.

—Cuando te pagues la cerveza... —cortó en seco Braulio.

—A estos los invité yo, pero uno para cada uno —dijo la mujer preparando los chorizos—. ¿Y que os ha traído a La Chaux-de-Fonds si se puede saber? Aquí los inviernos son duros...

—Yo conozco a un hombre que vive en Le Locle. Estos dos también tienen contactos en la zona —le dije.

—Así es más fácil... —dijo la mujer afirmando con la cabeza— yo llegué ocho años más tarde que mi marido. Y él ya lleva treinta... Me vine con mi Yago que por aquel entonces tenía dos años. Antes se ganaba más dinero, pero los inviernos eran más duros. Sabéis que aquí ha habido años que ha nevado todos los meses, ¿verdad?

—Pero de eso hará tiempo... Ahora, de diciembre a marzo y poco más, ¿no? —preguntó Braulio.

—Depende del año...

—¿Y su hijo vive en Suiza?

—Claro, en casa. Mi hija mayor también vive en La Chaux-de-Fonds con su marido —dijo la mujer entregándome los chorizos—. Te los doy a ti, de este no me fio. Se los comerá todos —señaló con la cabeza a Braulio entregándome el embutido.

Nos reímos.

—¡Levantando pasiones...! —dijo Sebastián.

—No haga caso, siempre están igual —le dije a la mujer.

—El humor siempre viene bien —me respondió limpiándose las manos con el delantal—. Por casualidad, no sabréis de alguna pelea anoche. ¿No habréis sido vosotros? —la mujer me dirigió una mirada acusatoria— ¿No habrás sido tú?

—Tienes aquí a un gigante de metro noventa y otro que tiene más cara que



pesa y te encaras con el más tranquilo.

—Por eso —se rio—. Es broma. Esta mañana ha venido una mujer y me ha dicho que esta noche, en la discoteca que hay más abajo en la avenida, unos españoles han acabado a botellazos. En la tienda una se entera de todo...

—Ni idea. Vivimos en el hotel La Vue-des-Alpes. Bajamos a trabajar y poco más —respondí.

—Entonces estáis con Arturo... Buen tipo. Nosotros le servimos comida y a veces paellas.

—Volviendo a lo que te enteras de todo... ¿No conocerá a alguien que alquile pisos? Estoy buscando algo sencillo. Mi mujer quiere venirse a Suiza —le dije.

—Entonces estás casado muchacho. ¿Tienes hijos?

—No.

—Venir con niños es otra cosa. Las guarderías son caras. Y los comienzos son difíciles. De todas formas, si me entero de algo te aviso. Tengo clientes con pisos que compran en la tienda. ¿Has probado en las agencias?

—Piden paro...

—Estos suizos... Lo ponen difícil. Y vosotros dos que me contáis ¿también estáis casados y con hijos? Sois más mayores, algo tendréis...

—Yo mujer y niño, y nada más me instalé me los traigo —dijo Sebastián.

—Yo casado y dos niñas. Una tendrá ahora cinco meses. Y no las traigo por nada del mundo. Se mueren del frío... —dijo Braulio.

—Debe ser duro... —afirmó Carmela con la cabeza.

—Lo es, pero prefiero padecer yo que ellas. Así que aquí estamos.

—Nos ha tocado esto. Pero ya veréis, os sorprenderá para bien. En cuanto a ti —me dijo acercándose unos pasos mientras se desabrochaba el delantal—, mi marido y yo tenemos un pequeño apartamento junto al nuestro. Está alquilado, pero queda libre en un par de semanas. Me has caído bien. Me transmites bondad. Es un don muchacho. Si te apaña, te lo puedo alquilar. Es poca cosa, pero para empezar está bien.

—¿Haría eso por mí? Se lo agradezco. Por supuesto que me interesa. Gracias.

—Pues no se hable más. Ahora se lo diré a mi marido. No te preocupes, no habrá ningún problema —se dio la vuelta, nos dio la espalda y se quedó unos segundos pensando apoyada en el mostrador—. Mejor. Ahora que vamos a ser vecinos os invito a comer a los tres este domingo. ¿Qué me decís? Cocido

gallego. Y así ves el pisito.

—Señora, mi madre me enseñó que es de mala educación ser malagradecidos —respondió Braulio.

—Será un placer señora —dijo Sebastián.

Llegó el domingo y fuimos a comer a casa de Carmela. Nos enseñó su casa. Era un piso de cuatro habitaciones repleto de muebles de madera maciza, radiadores y pintado de gris claro. Un balcón que daba a un jardín comunitario desahogaba el salón. Nos presentó a su marido, Mauricio, hombre rudo y simpático, y a sus hijos Yago y Antía. Yago era tímido, de habla lenta y precavido, pero de gran corazón. Antía era desconfiada, pero compartía el corazón de su hermano.

Nos sentamos en la mesa y empezamos con el cocido gallego; una gelatina picante y sabrosa.

—Esto está muy rico señora —dijo Sebastián.

—De muerte... —dijo Braulio amorrando la cabeza al plato y con la cuchara sopera subiendo y bajando a una velocidad que mareaba la vista.

—Muchacho, respira... —dijo Carmela.

Carcajadas.

—Me ha contado mi mujer que lleváis poco tiempo. ¿Estáis todos trabajando? —preguntó Mauricio.

—Yo en una carpintería cerca de Orbe. Entré para una sustitución de dos semanas y me acaban de renovar el contrato hasta después de vacaciones —dijo Sebastián.

—Está bien —dijo Mauricio.

—Yo conduzco máquinas excavadoras. Estoy en Yverdon haciendo unas zanjas para una canalización de gas —dijo Braulio.

—Yo también llevo máquinas. ¿Y tú, Mario? —dijo Mauricio.

—Hace un par de semanas que empecé en un estudio de construcción aquí en La Chaux-de-Fonds.

—Está bien. Hay trabajo, aunque la crisis ha llegado a Suiza. Creo que el paro está sobre el cinco por cien. Un poco más alto en este cantón —dijo Mauricio.

—El 5,7 —apuntilló Yago con aplomo.

—Bendita crisis... —dijo Bruno.

—Aquí no saben lo que es padecer. Si no ganan más dinero que el año

anterior, dicen que están en crisis y parece terminarse el mundo. Luego no pasa nada.

—Yo trabajo en la *horlogeri* y acaban de despedir a unos cuantos. Si que se nota... —dijo Yago.

—¿Dónde has dicho? —preguntó Braulio.

—En la *horlogeri*, en los *montres*, en los relojes... *quand même* —dijo Yago señalando con el dedo su muñeca—. Perdonad, a veces mezclo el francés...

—Aquí hay muchas fábricas de relojes, si os va mal en la construcción podéis intentarlo en una de estas fábricas. No es fácil entrar, pero muchos lo consiguen— dijo Carmela.

—Yo he estado en una siete años, lo dejé. Es aburrido. Te tiene que gustar... —dijo Antia.

—También se gana menos —dijo Mauricio.

Cocido terminado, postre y café.

—Ahora una siesta... —dijo Braulio apoyando los codos sobre la mesa.

—Fácil que caiga una... —dijo Mauricio retirándose hacia atrás.

—Mario, ¿no quieres ver el pisito? —me preguntó Carmela.

—Claro, vamos.

El pisito estaba en el mismo rellano de la casa de la familia gallega. En la escalera se sentía un olor a pescado incrustado en las paredes por la cantidad de paellas que Carmela y su marido cocinaban los fines de semana en la tienda, ubicada en la planta baja del edificio.

La puerta del pisito era de madera conglomerada, ligera, débil, lacada en gris y con una manilla de aluminio. En la entrada había una pequeña cocina eléctrica, y al lado, dos puertas blancas de madera. Una ciega por donde se accedía al baño y otra acristalada, con resortes, casetones y relieves que servía de acceso a la única pieza del apartamento; un salón dormitorio.

*[...] Siempre me he preguntado porque nos cuesta tanto cambiar. Y no hago referencia ni al carácter, ni a la forma de ser. Esto cambia con el tiempo y las experiencias. Me refiero a cambiar de vida, a ser en realidad libres. A dirigir el rumbo de nuestra existencia sin el miedo al qué dirán. Hay gente que lo consigue, hace las maletas y se embarca en viajes*

*desconocidos. Viven su vida sin seguir el cauce que la sociedad les ha marcado. Como Mario. Me acaba de decir que se ha instalado en un piso. Quince días para que venga a por mí. Mentiría si dijera que tengo ganas de ir, pero el amor es más fuerte. Espero que Kira se lo tomé bien, aunque ella siempre se adapta, menos cuando se queda sola. Este mediodía he ido a comer a casa de mi madre. Está triste. Lo esconde, pero no puede. Le prometo que hablaremos todos los días y que siempre que pueda, vendré a verla. Me dice que no lo haré. Que será ella quien me visitará más a menudo.*

*Diario personal de Sara*

Nos despedimos de la familia gallega. Volvimos al hotel. No cené. Conté a Sara lo ocurrido durante el día. Abrí un libro en francés. Me levanté por un trozo de chocolate de la estantería —no por casualidad mis compañeros me llamaban *la ratita*—. Me recosté en la cama. Leí, leí y leí en francés, hasta que me dormí y me trasladé a otra habitación; una sala de estar con vistas al mar y a las estrellas.

El sentimiento de soledad que acompaña al emigrante es una constante que se vive desde que se llega a la nueva ciudad y que, por suerte, se va amortiguando con el tiempo. Soledad que se intensifica cuando se emigra solo, pues las nuevas amistades no sustituyen el sentimiento de falta y apego de la familia y amigos.

Y yo, una vez terminado el trabajo y ya instalado en el nuevo apartamento, aprovechaba los largos días de verano para recorrer las calles de La Chaux-de-Fonds. Intimar con ella, descubrirla, sentirla y admirarla para, en definitiva, evitar sentirme más solo de la cuenta.

Una ciudad industrial pero no por ello menos bella, que ha visto nacer personalidades de la talla de Louis Chevrolet, fundador de la empresa “Chevrolet”, o Charles-Édouard Jeanneret-Griso, más conocido como Le Corbusier; el arquitecto más conocido del siglo XX.

Le Corbusier dejó inmortalizadas en esta ciudad una parte de sus primeras obras. Construcciones que como estudiante de arquitectura conocía; la Villa “Fallet”, la villa “Turque”, “La Maison Blanche” o la Villa “Stotzer”, entre otras. Construcciones que me dirigía a visitar.

Caminaba a través de sus calles ortogonales, milimétricamente trazadas, dispuestas por él mismo, por Le Corbusier, siguiendo rutas preestablecidas a través de los paneles de las aceras; mapas de una ciudad repletos de vida, de líneas de colores que mostraban al observador lo rica que era la ciudad en cultura y arquitectura. Unos paneles que servían de guía para los turistas y de referencia para los emigrantes. Un simple mapa que más allá de sus trazos estudiados indicaba la ubicación de los edificios más emblemáticos, los recorridos más sorprendentes, así como las mejores perspectivas. Como era la panorámica desde el Este, la parte más elevada de la ciudad, donde disfrutar del paisaje sentado en los bancos dispuestos en el borde más angosto del montículo, era un verdadero placer. La perspectiva ofrecía un trazado de una ciudad que repetía sus tejados como un tablero de ajedrez; un mosaico de tonalidades rojizas por donde escapaban unas columnas de humo gris y denso que se diluían al llegar al cielo y resaltaban el amarillo de las ventanas. Y en

el centro de la ciudad, el edificio “*Espacité*”, más alto e impotente que el resto. Con un mirador en la última planta que ofrecía una panorámica perfecta de la ciudad y el entorno, donde la *Avénue Léopold-Robert* mostraba las innumerables ventanas cerradas e iluminadas que expresaban una ciudad viva, pero cerrada a sí misma. Con infinidad de calles en línea recta que se expandían más allá del valle donde se encontraban construidas. Ocultándose en medio de las montañas y los bosques y la oscuridad de la noche, protegiéndose a sí misma de los vientos incesantes del Norte.

Unas veces realizaba recorridos preestablecidos, estudiados, intentando no perder más tiempo del necesario. Otras, me perdía entre sus calles y sus aceras de asfalto, descubriendo espacios nuevos, dejándome llevar por mis pasos incesantes, abrigado a pesar de ser verano, sintiendo el agradable aire frío del mes de junio.

Descubría parques escondidos entre las esquinas de los edificios, admirando perspectivas desde el lugar menos pensado, observando mudanzas, tal vez, de gente más afortunada que se preparaba para volver a casa. Gente que abandonaba los muebles en las aceras, junto a los portales. Mobiliario nuevo, viejo, medio roto, pero todos esperando servir a otro dueño para ocupar un vacío o dar vida a un espacio. Muebles que eran invadidos por gente desconocida que se aproximaba sin pedir permiso, aprovechándose de la buena voluntad de los primeros, siguiendo una ley preestablecida y que todos daban como entendida; que lo que había en la calle no tenía dueño. Alguno lo hacía por necesidad, otros, por simple vicio.

Y el mobiliario que nadie se llevaba y quedaba a su suerte en medio de la calle, el ayuntamiento lo recogía y se lo llevaba. Lo mismo con la basura. Recogían las bolsas que se amontonaban en las aceras porque no existían muchos contenedores. Cada uno decidía si tirar la basura en la *déchèterie* y reciclar por sí mismo o comprar bolsas especiales —a dos euros la pieza en función de la capacidad— y dejarlas en la acera.

Paseaba para acercarme a su gente, entender sus vidas, sus costumbres y sus horarios. Lo hacía de noche, solo, protegiéndome por debajo de las cornisas, pegado a las fachadas, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, analizando cada ventana iluminada o cada hueco cerrado por las mallorquinas de madera. Lo hacía por curiosidad, pero también para entender la ciudad y su gente.

Y entre estos paseos, rutas, o *balades* como suelen decir en suiza, las

reflexiones y los pensamientos instantáneos, aquellos que se cruzan en nuestra mente como flashes intuitivos de otras realidades, aparecían cuestionándome todo. Tal vez al comprobar que mis pasos errantes me llevaban de vuelta a mi piso vacío, apagado, solo, rodeado por el silencio y la televisión puesta de fondo.

Julio de 2013

Una semana fue lo que tuve de vacaciones y doy gracias de que las tuve para bajar a España y volver con Sara y Kira. Tenía trabajo, el apartamento y las ganas de que estuvieran conmigo. Después de más de cuatro meses de soledad rodeado de desconocidos, de infinitas caminatas en busca de empleo y una lucha diaria por conseguir cada uno de mis objetivos, el tener a Sara y a Kira era el mejor premio al que pudiera aspirar. Para conseguirlo me separaba un viaje en coche de catorce horas.

Salí de madrugada para evitar atascos. Pocas maletas. Depósito lleno. Aceite y ruedas revisadas. Maná. Carretera. Crucé la aduana de Ginebra sin problemas —me extraña que nunca pusieran pegas al salir del país—. Paré en un área de servicio. Café y gasolina. *Autoroute. Autoroute. Autoroute.* Crucé los pirineos. Los diales españoles se mezclaban con los franceses. La luz del día era más intensa. Panel informativo: España. Panel informativo: Comunidad Valenciana. Panel informativo: Iber.

Llegué a mi apartamento. Abrí el garaje y estacioné el coche. Cogí la maleta. Tomé el ascensor. Me apeé delante de la puerta de mi piso. Llamé al timbre.

Esperé.

Oí pasos acercarse desde el salón. Se detuvieron detrás de la puerta. Kira ladraba —intuí que desde la habitación—. Sara miraba por la mirilla.

Abrió la puerta de golpe y se me lanzó encima. Me abrazó. Me besó. Me añoró. No dijo nada. Solo me besó. Oí a Kira correr desde el otro lado de la casa. Ladraba. Asomé la cabeza. La vi corriendo desde el salón. Sara me volvió a besar y me quitó a Kira de la cabeza.

—Has tardado... —me dijo.

—Me entretuve visitando el país.

Kira se acercó y se levantó apoyando sus patas delanteras sobre mi rodilla. La cogí. Allí estábamos otra vez los tres, juntos. Disfrutando cada



segundo robado. Reviviendo los momentos del pasado.

Sara estaba igual de guapa, más morena y delgada. Las lágrimas dejaban un surco brillante sobre sus mejillas todavía enrojecidas por el calor de una ducha.

—Estás muy guapa y morena.

—Y tú muy guapo y blanquito. Pareces suizo...

Nos reímos y recuperamos el tiempo perdido.

Esa semana de vacaciones fue reconfortante; luz, calor, familia, amigos y playa. Llegaron las despedidas, tristes, como suelen ser siempre. Pero no todas iguales. La primera es especial, más intensa. El abandonar por primera vez nuestra tierra significa romper el vínculo que nos unía a ella, por lo que también es la más dolorosa.

Sara se encontraba entusiasmada porque íbamos a aprovechar la ubicación del país helvético para visitar los países cercanos. Vivir una vida distinta a la española que en ese momento desprendía tristeza y sufrimiento.

Yo era la segunda vez que me despedía de mi familia. Para Sara fue la primera; un simple hasta pronto recogido de abrazos y besos, pues un adiós era demasiado doloroso. Aunque el hasta pronto fuera hasta Navidad.

Antes de emprender el viaje nos informamos de la documentación necesaria para dar de alta a Kira en la aduana —en Suiza si se introduce un animal que no tiene la documentación en regla o no está al día en la vacunación, lo pueden requisar. El animal pasa una cuarentena de veinticuatro horas y lo reenvían a su país de origen. No cabe decir que, además del disgusto (el del propietario y el del animal), los costes corren de la cuenta del dueño.

Partimos de madrugada y llegamos de noche a la aduana de Ginebra.

Estacionamos en una plaza reservada a uso público junto a una garita metálica con la palabra “*Réception*” en la entrada. Entramos. Era un recinto pequeño, de unos catorce metros cuadrados con paredes de cristal que asomaban a la carretera y una recepción cerrada con madera y vidrio.

—*Bonjour Monsieur, Madame* —nos saludó un agente desde el otro lado del mostrador.

—*Bonjour Monsieur* —respondí.

Le explicamos nuestra situación y le entregamos la documentación de Kira.

—*Un moment s'il vous plait* —dijo el agente volviéndose sobre si mismo y dirigiéndose a otra oficina cerrada y opaca dentro de la misma recepción—  
*J'arrive.*

Pasados unos minutos otro agente salió de la recepción y nos pidió examinar el interior del coche. El exceso de equipaje parecía causar sospechas. Abrimos el maletero y las puertas traseras. Os diría que cabía otra maleta más, pero mentiría. Nos obligaron a depositar todas nuestras cosas en el interior de la garita, sobre una mesa de metal como las estructuras de las cintas registradoras. Y como si de cirujanos se tratara, guantes de látex en mano y gorro, en este caso gorra, los policías empezaron a revolver nuestras cosas en busca de productos ilegales o que se intentaran colar sin pagar su correspondiente peaje; alcohol, lácteos, carne, tecnología... e incluso droga. No sería la primera vez que la encuentran, pensé.

Esperamos en un lateral de aquella sala acristalada, comprimida, donde la oscuridad de la noche mostraba desde lo lejos, los faros de los coches que se aproximaban como linternas perdidas en medio de un bosque. Coches que cruzaban la aduana despacio buscando al agente de turno que les diera permiso con la mano. Pero no había ninguno, todos estaban ocupados rebuscando entre nuestras cosas.

—Ni que fuéramos delincuentes... —me dijo Sara en voz baja— ¿La primera vez fue igual?

—Pasé como pasan ahora esos coches —dije señalando con la cabeza los autos que cruzaban la aduana sin problemas.

Después de más de una hora de espera, de pie en un lateral de aquella sala con semblante a pecera, un agente se aproximó:

—*C'est tout correct. Vous pouvez remettre les balises dedans la voiture.*

—¿Mario, que ha dicho?

—Que podemos volver a meter todo en el coche.

No hacían falta palabras, la mirada de Sara de perdedora injusta lo decía todo.

—Espera y te ayudo —me dijo Sara dejando a Kira en tierra y atándola a la pata de una silla—. Espera aquí.

El agente se acercó y se interpuso entre Sara y la salida. Le indicó que debía esperar en un lado de la sala con la perra en brazos.

—¿Mario, por qué no me deja ayudarte?

—Ni idea. Déjalo, no vaya a ser peor...

Como si de un tsunami se tratara, maletas abiertas, desordenadas, productos por encima de la mesa y por tierra, botes de hierba (medicinales) abiertos y ropa interior a la vista, miré con ojos cansados y resignados aquel desastre que debía reordenar en el poco espacio que mi Ford Focus me proporcionaba. A modo de Tetris y recordando con desánimo lo mucho que me costó conseguirlo en el garaje de mi casa. A cubierto. Sin mojarme bajo la lluvia incesante de los veranos suizos.

Una vez puesto todo en su sitio, el agente que nos vigilaba como un muñeco de cera, entró en la recepción con aire serio.

Después de varios minutos de intranquilidad controlada, donde la tensión del ambiente se podía cortar a cuchillo, el agente volvió. Esta vez hablando demasiado deprisa... No entendimos nada, si es que dijo algo... Solo cogimos palabras sueltas, y entre estas, entendimos las peores: mil francos.

—¿Sara, has entendido lo mismo?

—Algo de pagar mil francos...

Mil euros por tener a Kira en regla... Si me informé y las cantidades eran inferiores. Había algo que se nos escapaba, alguna tasa, imprevisto o vete tú a saber que, se nos había pasado por alto y podía costarnos caro.

El policía al ver la cara de incredulidad que pusimos, volvió a repetir todo de una forma más pausada. Nos explicó, como si hubiera entendido nuestra conversación en valenciano, que debíamos abonar la TVA —el equivalente al IVA en España— del valor de la perra, la cual estaba tasada en mil francos. Hice cuentas, si en ese momento la TVA estaba al ocho por cien, equivalía a ochenta francos. Me pareció barato.

Dejamos atrás la aduana y un par de horas más tarde llegamos a nuestro apartamento. Un pequeño piso esquinero ubicado en un edificio viejo, típico de aquella ciudad industrial que tanto trabajo ha proporcionado durante años a emigrantes como nosotros.

El pisito a pesar de ser pequeño, era acogedor y estaba bien iluminado. Unos grandes ventanales abrían el salón a la calle. El parqué viejo y rallado, así como las grietas de las paredes, indicaba que ningún albañil había pasado por allí desde hacía tiempo. A Sara le gustaba y a Kira también. Esta, nada más llegar, se subió de un salto a la cama con ganas de jugar, como si entendiera la situación y me agradeciera que estuviéramos otra vez juntos. Como si me dijera que no me preocupara, que todo iría bien... O simplemente estaba contenta por haber llegado a “casa”.

*[...] Volver a casa... Es en ese momento de incertidumbre y cambio, cuando el concepto casa u hogar se vuelve difuso, abstracto. Uno no sabe muy bien dónde encontrar cada uno. O, al menos, cómo definirlos. Esa ambivalencia continua hace que me sienta desligado de todo, sin formar parte de nada. Entonces, ¿Se traslada de forma progresiva nuestro hogar de un país a otro? ¿O acaso nuestra casa siempre pertenece al país de origen? ¿O ya no existe un lugar al que llamar casa u hogar?*

*Se dice que volvemos a casa cuando vivimos en otro país y volvemos al país natal, pero ¿No es la casa el lugar donde vuelves para el descanso? ¿No es nuestro lugar del mundo que nos pertenece, nuestro refugio, nuestro centro neurálgico, el lugar donde nacen nuestras ambiciones y organizamos nuestra vida? ¿El sitio que sirve de protección a nuestros hijos? ¿No será entonces más justo definir casa donde vives actualmente y no al lugar que un día lo fue y solo se visita unos días al año? ¿O el concepto hogar o casa es mucho más de lo que he descrito antes? ¿Se puede definir casa a cualquier vivienda u hogar que lo haya sido, independientemente de que ahora no se utilice como tal? ¿Se puede definir casa a nuestro hogar en el país natal y en el de acogida? ¿A los dos?*

*Diario personal de Sara*

El primer día Sara despertó con la mira ausente, divagando por otros mundos, futuros y pasados, conocidos y por conocer. Yo ya conocía lo que era levantarse lejos de casa sin conocer tan siquiera, la fecha de vuelta.

Preparé el desayuno y fuimos a conocer a Carmela y su familia.

—Buenos días jóvenes. Pero qué mujer más guapa tienes Mario —dijo Carmela nada más abrir la puerta de su piso—. ¿Qué se siente el primer día?

—Es una sensación extraña.

—Ya verás cómo todo irá bien. Tú no te preocupes, te voy a presentar a muchachas de tu edad y verás que bien os lo pasáis. El invierno es duro, pero te acostumbras. Es curioso, al final te acaba gustando, aunque no lo cambio por España. Yo me jubilo y me voy. Si quieren estos —dijo señalando a su marido y a su hijo que se habían unido a la reunión— que se queden. Mi Galicia es mi Galicia —finalizó con una carcajada.

—Os podríais venir algún día con mis amigos, os caerán bien —dijo Yago.

—Gracias Yago. Estaría bien —respondí.

—¿A usted le costó mucho adaptarse? —preguntó Sara.

—Ahhh... yo al año me quería volver. Si no fuera por mis hijos no estaría aquí. Para vivir no hace falta tanto —dijo Carmela—. Un tiempo y para casa. Pero empiezas para una temporada, luego para unos años y cuando te das cuentas te atan más cosas aquí que allí. Y ya no puedes volver.

—Aquí tienen más posibilidades Carmela. Hay trabajo y está mejor pagado —dijo Mauricio—. En España solo hacen que aprovecharse.

—A la mayoría le pasa lo mismo que me pasó a mí. María, una gallega, se volvió a España a los dos años y al tiempo volvió arrepentida. Esa si que lo paso mal... Perdió nueve kilos de tristeza. Solo quería volver a España, y volver a España... Y allí que se fue. Y aquí que ha vuelto —dijo Carmela—. En fin, lo que es la vida...

—Hay a quien le hace falta esto —dijo Mauricio afirmando con la cabeza.

—Es verdad —respondió Carmela—. Es duro, no te quiero engañar, pero no te preocupes. Os irá bien. Tengo un buen presentimiento.

—Y si no, siempre podemos volver —dije.

—Claro, esa opción siempre la tenéis —dijo Carmela.

*[...] Esta mañana me he levantado con ganas de conocer la ciudad. He desayunado temprano y he ido sola a comprar el pan.*

*Es imposible perderse por estas calles, están todas construidas en línea recta. He encontrado fácilmente la panadería. Eso sí, me esperaba una panadería y no una caseta prefabricada dejada caer encima la acera. Creo que era uno de estos contenedores marítimos reconvertido en local. Pero bueno, no estaba mal. Era una pequeña tienda con una pared repleta de panes y un mostrador junto a la entrada. Una mujer de unos cuarenta años, rubia y risueña, atendía a un cliente.*

*Esperé a que el hombre mayor bien vestido, con guantes y bufanda a conjunto, terminara. Fue muy educado, por cierto. Se marchó mirándome a los ojos y deseándome un buen día. Me tocaba a mí. Me dirigí a la trabajadora. Pronuncié en francés lo mejor y más lento que pude la frase “un pan integral por favor”. No me entendió. El gesto en su cara de media sonrisa me hacía intuir que por dentro se partía de risa.*

*Lo intenté, pero no hubo forma y de poco servía señalarlo con el dedo. Nada tienen que ver los de aquí con los de España. Definitivamente, no me entendió. O, mejor dicho, no nos entendimos.*

*Otra mujer acababa de entrar y a pesar de hacerse la simpática, veía que me miraba con una sonrisa disimulada. Me puse nerviosa, llegando al mal humor. Gesticulé lo mejor que pude y repetí la frase hasta la saciedad, pero no hubo forma. La dependienta que iba arriba y abajo señalando todas las barras de pan que había y por haber, se desesperaba y yo me saturaba. Al final me vine abajo y acepté el último pan que aquella amable señora señalaba con su dedo.*

## *Diario personal de Sara*

Los primeros días fueron de adaptación y búsquedas de empleo. Preparé un CV a Sara y lo repartimos por la zona. Se apuntó a cursos intensivos de francés e hizo amigas para integrarse y practicar el idioma. Aprendió rápido, pero no le sirvió a la hora de encontrar un trabajo de su profesión. En Suiza no existe mucha demanda de auxiliares veterinarios, al menos en la zona donde vivíamos. La plantilla que se necesita para cubrir una clínica es reducida. Con uno o dos trabajadores es más que suficiente y supongo que, en igual de condiciones, la gente formada allí por simples cuestiones de rendimiento, tendrá más posibilidades de ser elegida. No me mal interpretéis, nada que ver con la discriminación o el racismo. Nunca los he sentido.

La única salida que le quedaba, la misma que al resto; conseguir un trabajo que le permitiese establecerse, aprender el idioma y seguir intentándolo.

El primer trabajo no tardó en llegar. La llamaron para sustituir durante las vacaciones de verano a una camarera en una cafetería de La Chaux-de-Fonds. Fue una semana, pero al menos ganó dinero y motivación para seguir intentándolo. Al poco tiempo la volvieron a llamar de una panadería para una sustitución de un par de semanas. Más tarde llegó otro y después otro, y así, entre trabajos temporales y cursos de francés, pasó los primeros meses.

Todo iba según lo previsto, hasta que la vida nos dio un giro que ninguno de los dos intuimos.

Mi jefe me llamó. Lo había hecho como tantas veces, por lo que no pude presagiar lo que se avecinaba. Me dirigí a su despacho. Era una estancia luminosa formada por dos mesas en L, una estantería de libros técnicos en la pared contigua a la puerta y un ventanal por donde asomaba el jardín. Tomé asiento y empezó a hablar. Durante un rato. Me dijo que estaba a punto de finalizar los tres meses de prueba y que había trabajado bien, que era puntual, que aprendía rápido... bla, bla, bla... pero que no podía renovarme el contrato por dos razones: la primera, porque habían paralizado la obra que estaba dirigiendo. Era verdad, era un edificio público y como consecuencia de un problema económico en las arcas del ayuntamiento, se congelaron las inversiones. Se preveía la reanudación de las obras en seis meses. Y el segundo, porque necesitaba mejorar mi nivel de francés. “Aprovecha para hacer cursos intensivos durante estos seis meses y luego te volveré a contratar”, me dijo. Lo entendí. Había mejorado rápido mi nivel, pero solo

llevaba seis meses en el país y no puedo decir que lo hablara bien. Le di las gracias por la oportunidad, terminé el día y me marché.

Al bajar a la calle llamé a Sara para darle la noticia.

—Me he quedado sin trabajo —le dije nada más descolgar el teléfono. Para qué ir con rodeos... Sin sueldo ni prestación por desempleo y si fuera poco, acabábamos de alquilar un apartamento. Para qué perder el tiempo...

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

La puse al día contándole la conversación con mi jefe.

—No te preocupes. Ya saldrá otra cosa. Ahora ya tienes el permiso, no te pueden echar. Llama a las empresas que te han entrevistado. Tal vez alguna esté todavía buscando empleados.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto continuaremos intentándolo. Ahora estamos los dos juntos.

Me dispondría, como me aconsejó Sara, a telefonar a las empresas que se habían interesado en mí mientras distribuía nuevos currículos. Un par de empresas me llamaron para contratarme durante el tiempo que estuve trabajando. Y lógicamente y por mala suerte, rechacé. La primera a la que me dirigí fue un estudio de arquitectura emplazado en La Chaux-de-Fonds que tenía por nombre Nouvelle Architecture. La secretaria muy amable me concertó una entrevista con el dueño.

A diferencia de las primeras entrevistas, esta vez Sara y Kira me acompañaban. Busqué la ubicación del estudio en Google. Un cartel vertical en la acera indicaba el número de portal que buscaba. Estaba situado en la Avenue Léopold-Robert de La Chaux-de-Fonds, frente a la COOP; un centro comercial perteneciente a una cadena implantada únicamente en el país helvético. Sara me esperaba allí. Descubrí que uno de los secretos por los que el país funciona tan bien es porque los suizos invierten en él. “Aunque veas matrículas suizas en los supermercados franceses, los suizos siempre gastan su dinero en su país. Las placas son de los emigrantes”, me dijo un amigo. No le creí. Alguno debería haber distinto, más tacaño y menos de amar al prójimo que a escondidas por evitar el sonrojo de que lo señalaran con la mirada, visitara el país vecino a hurtadillas para ahorrarse un franco.

La puerta del estudio era de madera maciza, oscura, repleta de casetones y con un vidrio translúcido en un lateral de la puerta. Llamé al timbre. Eran las



17:30h de la tarde y solo quedaba el dueño en el estudio. Un hombre esbelto que vestía siempre traje oscuro, pelo blanquinoso y gafas. Nos presentamos y me invitó a pasar a la sala de reuniones; una pequeña sala con una mesa negra en el centro y una biblioteca en la pared del fondo. Un ventanal posicionado a la derecha de la entrada iluminaba la estancia y permitía ver La Avénue Léopold-Robert especialmente ajetreada ese día.

—Me va a disculpar señor Santacruz, pero tengo un acto en unos veinte minutos. Le propongo agilizar la entrevista.

—Perfecto.

—Bien. He visto que tiene usted experiencia. Ha trabajado cinco años en España y tres meses en Suiza. ¿Por qué terminó en su antiguo trabajo?

—Han paralizado la obra que estaba dirigiendo. Era la reforma del edificio público de la Rue des Chevaliers.

—*La Caisse des Impôts?*

—Efectivamente.

—He escuchado el problema de balance que ha habido en las arcas públicas. Como ve, señor Santacruz, estas cosas también pasan en Suiza.

—Mi antiguo patrón también consideró que debía mejorar el francés — respondí mirando hacia la ventana.

Mi mirada hacía la calle no le dejó indiferente. Repitió el gesto.

—Entiendo entonces que le dejó tirado —dijo girándose otra vez hacía mí—. Se defiende usted bien con el francés señor Santacruz. ¿Tiene usted familia aquí en Suiza?

—Vivo con mi mujer.

—¿Y se encuentra en la calle?

—Sí, señor.

—Entiendo...

La entrevista continuó diez minutos más.

—Bien señor Santacruz, déjeme unos días para reflexionar. Le haré llegar mi respuesta.

Recuerdo una vez, en el parlamento español, utilizar la expresión “movilidad exterior” para esconder con alevosía y prevaricación, la emigración de los jóvenes ante la incapacidad de encontrar un empleo en España. A veces me entraba la risa, otras, cuando estaba más susceptible, me entraba la mala... Estos jóvenes han sido y son, una consecuencia indirecta, un daño colateral de las malas gestiones de nuestro país. Al menos, se les debería honrar con la verdad, llamando a las cosas por su nombre: hemos emigrado. Y no pasa nada.

También me resulta injusto el término “fuga de cerebros”. Se utiliza con una ligereza y una facilidad que a mí, personalmente, me asombra. Vale que se utilice para criticar una realidad; la salida de la que posiblemente, sea la generación mejor formada de la historia de España. Una lástima, tanto talento desaprovechado por su país. Como no puede ser de otra forma, este hecho debe de ser criticado y denunciado, pero más ajuste a la realidad se hubiera agradecido. Al menos, por respeto. ¿Dónde está el resto de gente que no tienen estudios o tienen estudios inferiores? ¿Para ellos no existe ninguna expresión? ¿De verdad que son solo el número de una estadística? Yo he tenido la suerte de relacionarme con ellos y he podido constatar dos cosas: la primera, que también tienen cerebro, que sienten, sueñan e incluso ambicionan como lo hace cualquier persona con carrera. Y la segunda, que hay gente sin estudios más inteligente que diplomados o licenciados. Además, ¿quién dijo que se hayan fugado? Simplemente se han ido de su país, unos de forma temporal, otros, para siempre. Pero en todo caso, ni se han escapado ni han huido y mucho menos se han fugado, ya que fugarse implica no poder volver. Al menos, durante un tiempo. Y yo estoy seguro que muchos de ellos quieren volver cuanto antes.

Aquel sábado de agosto despertamos temprano. Salí a andar con Sara y Kira. Volví al pisito. Tomé el desayuno y me arreglé. Aproveché que Sara se estaba cambiando para revisar mi correo electrónico. Había recibido un correo esa misma mañana a las 06:14h. Provenía del estudio de arquitectura Nouvelle Architecture. Decía así:

*Señor Santacruz,*

*En nombre del estudio y después de su entrevista, le comunico el interés personal por contratarle. Adjunto podrá encontrar un contrato tipo para que analice con detenimiento las condiciones contractuales del puesto de trabajo. Si está de acuerdo solo tiene que devolverlo firmado.*

*Nuestro actual problema es la capacidad del estudio, en el último año hemos experimentado una creciente subida de trabajo por lo que no dispongo de ningún sitio libre hasta principios de septiembre. Si para usted no es ningún inconveniente y las condiciones le satisfacen, le pediría que me lo comunicara cuanto antes para no seguir con las contrataciones. Si prefiere tratar el tema en persona, estaría encantado de concertarle una cita.*

*Esperando que las condiciones sean de su agrado, aprovecho para mandarle mis mejores saludos.*

*Atentamente,*

*Monsieur Meyer.*

Acepté el empleo.

Llegó septiembre. Recuerdo mi primer día de trabajo. Llamé al timbre de

las oficinas Nouvelle Architecture. Un minuto más tarde un joven modosito de estatura baja y pelo castaño abrió la puerta. Tiempo después descubriría que lo de modosito era de lunes a viernes, cuando no se encontraba subido al escenario tocando Heavy Metal con su guitarra eléctrica. “Adrien, ese que salta y da cabezazos como Zidane en su despedida no puedes ser tú...”, le dije una vez que me enseñó el video de un concierto. “*Oui, oui... c’est moi*”.

Las oficinas estaban conformadas por varias estancias abiertas donde las mesas distribuían el espacio y unos grandes ventanales bañaban de luz las estancias. Me dirigí al despacho del patrón; un espacio cuadrado con suelo de moqueta y paredes rojas. Me dio la bienvenida. Me enseñó las oficinas y me presentó a mis compañeros. Jóvenes provenientes de distintos países; portugueses, italianos, franceses, checos, suizos, ... Tengo que confesar que prejuiciado por las imágenes de las noticias españolas y de las conclusiones que yo obtenía de ellas, de los tópicos funambulistas, de los refranes hereditarios de épocas lejanas y de mil puntos de vista que me contaminaban el juicio como picaduras venenosas, creía que las personas en función de su lugar de procedencia, eran distintas. Cuan equivocado estaba... Las diferencias superficiales, aquellas que primero se detectan, son solo anécdotas externas, la extrapolación de lo que la sociedad ha hecho con nosotros a través de la educación, las costumbres o las condiciones físicas del lugar donde se procede. Lo intangible, lo que aparece en situaciones extremas, aquel comportamiento que va incrustado a nosotros y sale a relucir en momentos de emoción máxima, reduce estas diferencias para igualar a la gente en el mismo rasero de conducta.

Mi patrón me mostró mi nuevo puesto de trabajo. Tomé asiento. Revisé un documento en francés que había sobre la mesa. Pasados unos minutos mi jefe me llamó. "*Monsieur Santacruz, pouvez-vous m'imprimer une copie de votre titre universitaire? Merci*" Ya me avisó de que llevara conmigo el título universitario. Me dirigí a la fotocopidora, espacio ocupado en aquel momento por mis compañeros quienes conversaban entre risas y sorbos de café. Adrien, al ver el título se acercó y me pidió verlo con vehemencia y descaro. De hecho, me lo arrebató de las manos. Se esforzó en entender un idioma que no le pertenecía, pero parecía comprender. Hizo una mueca irónica, se dio la vuelta y se acercó al resto, quienes le miraban perplejos.

Adrien señalaba la parte central del título mientras reía. Que les sorprenderá tanto..., pensé. Todos empezaron a reír a carcajadas y con la

incredulidad dibujada en sus rostros se acercaron y me preguntaron: “Mario, ¿pone Juan Carlos I, rey de España?”.

*Voilà*, ese era el motivo; el rey. Les respondí que sí, que en España el monarca siempre firmaba los títulos universitarios. Les sorprendió que el rey tuviese alguna relación con la obtención de un título académico, pues había sido el alumno quien, a través de su sacrificio, el que lo había conseguido. “El nombre del rey está en grande y a color y el tuyo pequeño y en negro. Al menos, lo hubieran puesto al revés...” decían.

Todavía tengo la certeza de que para ellos fue como ver un pergamino de otro tiempo.

Otro día durante el trabajo, viví una conversación que cambiaría mi forma de ver la vida y experimentar la emigración.

Me había citado con un empresario de la construcción para la realización de unas obras. Era español y segundo emigrante. Aquella gente que ha nacido en un país distinto al que lo hicieron sus padres. Se encuentran inmersos entre la sangre del país de origen y el cariño del lugar donde viven. Cada vez que me cruzaba con uno, me alegraba. Existe una afinidad invisible y preestablecida entre personas de la misma nacionalidad, sobre todo cuando no se domina bien el idioma. Sensación que se va calmando con el tiempo. Vamos a llamarle Hugo. Residía en Suiza desde hacía más de treinta años. Desprendía aire de bonachón y despreocupado e iba vestido con un mono azul más parecido a la indumentaria de un mecánico de la automoción que a la ropa de un empresario de la construcción. El encuentro tuvo lugar en la sala de reuniones de las oficinas donde trabajaba.

Le invité a entrar y después lo hice yo, cerrando la puerta a mi paso.

Empezamos con las presentaciones y me pidió, en ese clima confidente y aislado, continuar la conversación en español. “Hace demasiado tiempo que no lo práctico y al final todo se pierde y se oxida”, me dijo. Por mi perfecto. Agradecía el poder expresarme sin los corsés de un idioma en aprendizaje.

Empezamos profundizando más en temas personales que en profesionales. Me habló de su vida, remontándose a cuando era niño y obligado por la decisión de sus padres, emigró a Suiza. Cómo al poco tiempo volvió a España junto a su familia. A los pocos años, motivado por la melancolía decidió regresar solo al país helvético. Su familia decidió terminar sus días en España.

Pasó preguntándome por mí, por Sara, por el tiempo que llevaba en La Chaux-de-Fonds, por cómo había encontrado trabajo, si tenía familiares viviendo conmigo... Todas las preguntas formales que se hacen cuando uno se cruza con un emigrante recién llegado. Pero la diferencia, lo que me impactó por la novedad que supuso y por la extrañeza de la misma, es la pregunta que me realizó: “Mario, ¿tienes pensado quedarte para siempre?”

La pregunta era confusa. Llevaba poco tiempo en el país y no me había planteado la idea de volver, menos quedarme para siempre.

Le respondí que no lo sabía, que dependía de muchos factores y que, en todo caso, quería mantenerme por lo menos unos años. Que no me había marcado ningún objetivo y el tiempo respondería por sí solo. “Si no tienes la intención de quedarte para siempre, lo mejor será que te vuelvas cuanto antes”, me dijo.

Me quedé confundido, tocado por segunda vez. Todos me decían que iba a estar mejor en Suiza y ese hombre, ese español que prefirió Suiza a España y llevaba más de treinta años viviendo en ella, me aconsejaba volver.

Me dijo que, con el paso del tiempo me alejaría de mi tierra, mis costumbres y mi gente. Que, sin darme cuenta, vería el mundo como lo hacen los suizos, perdiendo mi identidad y mi forma de ser. Con la diferencia de que no llegaría nunca a ser suizo, por lo que no sería “ni de aquí, ni de allí”.

Ese hombre hacía referencia a algo profundo, trascendente. Hablaba de hechos que nada tenían que ver ni con el trabajo ni con el dinero. Ese hombre hablaba, sin pronunciarla, de lo importante en la vida: de la felicidad.

Lo comprobé tiempo después. El comportamiento de los míos al cual estaba tan acostumbrado, cada vez me resultaba más extraño. ¿Era yo o habían cambiado los demás? Sin duda lo primero. Lo que antes veía como normal ahora me resultaba extraño y mi nivel de crítica iba en aumento. Cada vez que volvía a mi tierra me sentía forastero, inadaptado, alejado del comportamiento de los míos. Cuando pasaba tiempo sin bajar a España me entraba el mono, tenía ganas de estar con mi gente, mi tierra, mi sol, mi playa... sentirme otra vez en casa. Pero lo que más me sorprendía cada vez que regresaba a España es que a medida que pasaban los días, tenía más ganas de volver a Suiza.

¿Tendría razón aquel hombre? ¿Se estaría convirtiendo Suiza en mi nuevo hogar?

## Finales de año de 2013

Nuestra situación había mejorado, pero para estar todavía mejor, decidimos alquilar un piso más grande. Necesitábamos, aparte de cumplir con las condiciones de las agencias, pagar tres meses por adelantado, varios seguros y amueblarlo. Un derroche de dinero que nos devolvía a la casilla de salida.

Sabíamos que la dificultad era alta pues ninguno de los dos teníamos derecho a prestación por desempleo, pero no perdíamos nada por intentarlo. Preparamos un buen dossier y lo enviamos a las agencias de alquiler. La trabajadora de una de ellas, después de ver nuestro empeño y nuestra constancia, nos dijo que había una posibilidad y era que mi actual jefe me escribiera una carta comprometiéndose a tenerme contratado un año. Lo que para ellos equivalía a tener paro.

Una carta que mi jefe tuvo la gentileza de realizar.

Y el primer piso que pedimos después de obtener la carta nos lo concedieron.

El apartamento estaba situado en La Rue de la République, cerca del estadio hockey hielo de la ciudad. Tenía dos habitaciones, baño, salón y cocina independiente. Era grande y viejo, y a pesar de la aparente restauración que se podía constatar en los pavimentos de gres de la entrada y la cocina, que nada tenían que ver con el del resto, los desconchados de las paredes, así como las grietas en los zócalos y los revestimientos de madera, confirmaban que la última restauración se realizó hace tiempo. Estaba ubicado en la cuarta planta del edificio y al igual que nuestro primer piso, tampoco tenía ascensor. Lo que no fue un problema porque nos habituamos rápido.

El vivir en lo más alto tenía sus ventajas; por un lado, la protección ante los robos. No creo que ningún ladrón se arriesgara a descender cuatro plantas y que lo pillaran en medio de la escalera. Aunque en Suiza, al menos en la zona donde vivíamos, no existía mucha delincuencia. Solo escuché una vez, al propietario del centro español —que también era mi amigo— decir que

durante los años que estuvo al frente del centro solo unos clientes se fueron sin pagar. Fue una cena de amigos que pidieron lo mejor de la carta y se marcharon corriendo. Mi amigo sospechaba que aquella gente no residía en Suiza.

Volviendo a mi piso o a las ventajas de vivir en lo más alto del edificio, el que fuéramos los últimos nos ofrecía una tranquilidad extra en comparación al resto. Además, el recorrer tantos escalones servía para realizar una dosis extra de deporte y solo se volvía un fastidio cuando subíamos con la compra.

Durante estos recorridos veía todo tipo de zapatos en el rellano de la escalera que ofrecía una idea de la gente que vivía en cada piso. Es costumbre, a causa de la nieve y la sal, dejar los zapatos, botas, deportivas o lo que se calce en el rellano de la escalera e ir por dentro de la vivienda con zapatillas de ir por casa. Diría que lo normal sería hacerlo en invierno, pero la costumbre trasladaba este hábito al resto del año. Además, también era práctico los días de lluvia y como no desaparecía ningún zapato, se mantenía la costumbre todo el año. Algunos los metían en zapateros de madera, ocultos. Otros, como era la familia que vivía en el primero, los disponía uno al lado del otro sobre el pavimento de piedra, transformando el rellano en un escaparate comparable a las mejores tiendas de la avenida.

La altura del apartamento nos proporcionaba una bonita perspectiva de la ciudad. Donde sentados en los taburetes de la cocina, los desayunos con la ciudad de fondo nos proporcionaba un paisaje tranquilizador y reconfortante. Y por la otra fachada, con vistas al Este, se observaba la línea que separaba la urbe de la naturaleza, la carretera fronteriza entre la ciudad y el bosque.

Esta lejanía en altura de mi apartamento a la calle nos proporcionaba una tranquilidad y un silencio sepulcral en el transcurrir de la noche. Nada que ver con el apartamento de la Rue Numa-Droz donde en mitad del sueño, el traqueteo del rozar de las palas quitanieves contra el asfalto, debería trastornar al más sonámbulo. Ese pasacalle repetido a diario, cada noche de invierno, debería ser una tortura y un tormento donde la gente antes de dormir estaría pensando en el martirio que le esperaba. Aligerando el sueño con el menor sonido, convirtiendo el dormir en un estado de duermevela donde no se llegaba nunca al sueño profundo ni al descanso.



2014

El primer año fue de adaptación; encontrar empleo, conseguir un apartamento, amueblarlo, aprender el idioma, acostumbrarme a la climatología, a la cultura... Un año dedicado exclusivamente a la integración. Un año de sacrificio, paciencia y mucha esperanza. Esperanza que se culminaría al encontrar Sara un trabajo en una empresa de relojería.

La Chaux-de-Fonds, al igual que su pueblo vecino Le Locle, forman parte de la UNESCO por el valor universal y excepcional de su urbanismo relojero. Uno de los diez emplazamientos suizos Patrimonio Mundial de la Humanidad. Cuna de la industria relojera, pasión que trasladan a todos los oficios.

Había mucha competencia en el sector; el sueldo era aceptable, se trabajaba a jornada intensiva, se estaba protegido de la intemperie y no se necesitaban grandes conocimientos del idioma. Lo ideal para los emigrantes recién llegados.

Con respecto a mí diría que la vida en Suiza era lineal, sin sobresaltos. La vida era tan organizada y la gente tan responsable y respetuosa, que era difícil ver alteraciones en el día a día. La rutina era más rutina.

El primer año fue intenso, pero se tranquilizó. Continuaba levantándome a las 06:15 h de la mañana para ir al trabajo. Terminaba a las 16:30 h o más tarde en función de la carga de proyectos. El resto del día lo aprovechaba para hacer deporte o pasear por la naturaleza.

Recuerdo paseos infinitos entre praderas y bosques bajo tardes tempranas, contemplando la vida relajada de quienes vivían alejados de la urbe. Casas con granjas adosadas para la explotación de la ganadería, perros San Bernardo escondidos entre barriles de madera, pinos acechados por las águilas, coches antiguos aparcados en la entrada de los edificios, rollos de hierba amarilla en mitad del campo, fuentes esculpidas en troncos de madera, pequeños caminos de asfalto y maleza, vallado electrificado en los perímetros de las parcelas y animales que seguían nuestros pasos.

A veces, durante estos paseos, la melancolía me daba un zarpazo. Las

calles de mi pueblo pertenecen al mediterráneo. Se encuentran alejadas del mar, pero no lo suficiente como para no sentir la agradable brisa marina que llega al mediodía y se expande durante la tarde. Los veranos son cálidos y pegajosos. La sensación de agobio solo se amortigua con el agua o el aire acondicionado. El asfalto llega a temperaturas tan elevadas que puede causar heridas a los animales. Y en invierno la humedad hace que el frío cale por la ropa como si no lleváramos nada puesto. La vida es ajetreada, intensa, estresante diría. Se llega tarde y se dispone de poco tiempo libre. En Suiza la vida es tranquila, relajada, organizada. Se posee tiempo para gastar en lo que uno prefiera. La gente en mi país es exagerada, efusiva y solidaria. Siempre llama la atención el tono elevado de las conversaciones y está arraigada a la familia. Somos gente trabajadora aunque nuestro mal es la picaresca. Y por ello, somos desconfiados. Los suizos son más independientes y confiados, y a pesar de lo que se piensa, son abiertos.

Durante estos paseos recordaba las sendas de piedra y campos de naranjos que rodean mi pueblo, donde tantas horas he pasado de pequeño junto a mis amigos. En la zona del país donde me encontraba, destacaban los pinos y las praderas de hierba, el olor a tierra mojada y humedad que refrescaba la piel y el espíritu. Recordaba el aroma de mi tierra, de las hojas de los naranjos y los melocotoneros, las resinas pegajosas que se desprendían de los árboles y los nidos que estos albergaban. Recuerdo en primavera, a medida que se acercaba el calor, como las flores de azahar brotaban e inundaban todo el ambiente con su aroma y su belleza. Como al tiempo gran parte de ellas caían y las que resistían, acababan convertidas en fruta. Un ciclo de vida que se repetía cada año y que causaba, por aquel entonces y también ahora, mi total admiración.

Los paisajes en Suiza son bellos, pero no los cambio por el mar. Me rindo a él. Es un vacío que ningún paisaje ha podido remplazar. Ver las olas acariciar la arena, sentir la brisa en el rostro, el agua salada en los labios, el caminar esponjoso sobre la arena mojada y la inmensidad del mundo reflejada en el agua, es de los paisajes más bonitos a los que se puede aspirar.

Cada vez estábamos más adaptados al país. Había finalizado el 2013. Pasamos la Navidad en España. Volvimos a Suiza. Rutina. Eso sí, aprovechábamos los pocos días festivos que el calendario laboral nos ofrecía para visitar cualquier ciudad, pueblo o evento que nos pillara cerca. A veces una hora de coche era suficiente, otras necesitábamos cuatro horas como fue el

viaje a Italia, pero esta es otra historia.

Los sábados solíamos ir a Besançon, pasear por la ciudad y aprovechar para hacer la compra de la semana. A diferencia de la distancia cultural y social de la Francia de los años noventa con respecto a España, esa distancia se había reducido considerablemente. Si Suiza era el polo opuesto a España, Francia quedaba a mitad de camino entre las dos culturas.

En Besançon se podía ver gente pasear por la calle a partir de las siete de la tarde, tiendas que cerraban de noche, precios españoles, temperaturas elevadas, un barullo de fondo que siempre acompañaba e incluso algún que otro mendigo pidiendo limosna. Mendigos que no he visto en Suiza, bueno si, a uno, a un atormentado que decían que vivía así porque no estaba bien de la cabeza. Lo que no veía en ninguno de los dos países eran animales abandonados. En Suiza, el compromiso de su gente con la naturaleza y los animales es total, igual que el control sobre ellos.

Cuando íbamos a Besançon nos gustaba cruzar Le pont Battant y admirar las infinitas arcadas de piedra que abrían las terrazas de los bares y las fachadas al Río Doubs, por el que transcurrían barcos adormecidos y gente paseando por su lado. Recorriamos las calles de piedra del centro admirando las fachadas representativas del espíritu galo, las chimeneas cerámicas, las hojas caídas de los árboles sobre la tierra y las terrazas, farolas de otra época y un idioma, el francés, como melodía de fondo. A nosotros nos gustaba comer en el mismo restaurante-cafetería o bistro como suelen llamar en Francia; en la Place du Huit-Septembre, al lado de la iglesia, donde servían platos típicos de la región y nos permitían acceder con Kira. Nos poníamos en el reservado del fondo y disfrutábamos de la gastronomía gala que no es decir poco. Y no muy lejos, en la misma calle que cruza el puente “Doubs”, antes de llegar al final de la misma, con un té caliente en las manos y paseando al ritmo de los escaparates, nos topamos con un cartel que indicaba que en esa casa había nacido el escritor Víctor Hugo; hijo predilecto de una ciudad que vivía bajo la sombra del castillo que la custodiaba, al igual que siempre quedará inmortalizada la mirada del famoso escritor con su estatua situada en *l'Esplanade des droits des hommes*.

No olvidaré aquel sábado de noviembre del 2015, cuando teníamos planeado pasar el día en Besançon y durante el transcurso de la mañana vi por la televisión que la noche anterior había tenido lugar un atentado en París. Los

pensamientos furtivos de aquel 11M en la estación de Atocha, el metro de Londres o el derrumbe de las torres gemelas, volvieron a estremecerme de igual modo que cada uno de los días que tuve que vivir aquellas desgracias.

Puse la televisión y el noticiero informaba que el balance de muertos ascendía a cien personas, más de ciento cuarenta heridos, de los cuales sesenta en estado crítico. Además, el presidente François Hollande había decretado el estado de emergencia. Se cerraban las fronteras. Otra vez París, la ciudad de la luz se sumergía en la sinrazón, en un velo opaco de incertidumbre y miedo. París... la ciudad que había visitado unos meses atrás con mi mujer y amigos. La sombra del atentado de la revista "Charlie Hebdo" sobrevolaba París y mis pensamientos. ¿Cuánta fragilidad en la vida propia por la injerencia de personas sin alma? ¿Cuánta locura es capaz de acumular la condición humana? Dos atentados en menos de un año y las víctimas continuaban ascendiendo. Ahora más de ciento treinta muertos y ciento ochenta heridos, de los cuales ochenta en estado crítico. Además, un yihadista se encontraba fugado. Seguramente, intentando salir del país galo.

Como no pensar que a pesar de ser el mundo tan grande y extenso, el fugitivo no estaba cruzando la frontera para esconderse en el país helvético, o que podía refugiarse en Besançon e inmolarse con su locura extremista. O que por contagio, sus semejantes empezaran a matar y a suicidarse. Como iba a pensar toda esa gente asesinada que un viernes cualquiera iban a vivir tal desgracia.

No fuimos a Besançon. Lo aplazamos al sábado siguiente, cuando escuchamos en la radio que el yihadista fugado fue detenido.

*[...] Ha sido a través de clases particulares donde más he aprendido el idioma francés. El profesor lo he encontrado a través de Carmela. Fabián, un español nacido en Suiza que se gana dinero extra dando clases particulares a emigrantes recién llegados.*

*Por el día trabajo de siete a tres y por la tarde continúo con un par de horas de clases particulares. Por la noche, si las fuerzas me acompañan y no decaigo en el intento, leo algún libro que suelo coger prestado de la biblioteca. Pero tengo que decir que, a pesar de poner todo mi empeño, hay*

*momentos donde me estanco. El esfuerzo no es proporcional a la mejora de mi nivel. Al menos, el hablado. El escrito mejora porque una parte de mis aptitudes dependen solo del estudio y la memoria. Además, las frases hechas, aquellas que se utilizan en conversaciones coloquiales y que son difíciles de aprender estudiando, no se utilizan en el lenguaje escrito. Si realizo un documento y no conozco una palabra, la sustituyo por un sinónimo y el problema queda resuelto. Lo contrario ocurre a la hora de entenderlo o hablarlo.*

*Diría que lo más importante es no tener miedo ni vergüenza a hablar. Hay que equivocarse y si además nos corrigen, mejor. La diferencia entre los que no tienen vergüenza y los que sí, es que los primeros aprenden más rápido que los segundos, que no es decir poco. Una buena amiga, Lola, la tía, a los cuatro meses hablaba francés. Lo chapurreaba con un descaro que daba gusto. Eso sí, le echaba cara y vergüenza poca. Cuando íbamos al gimnasio se metía detrás del mostrador, subía el volumen de la radio y se ponía a bailar con los trabajadores. Hasta tal punto que cuando la veían entrar por la puerta, los trabajadores encendían la radio esperando su dosis de merengue y salsa. Pero esto funciona así, cuanto menos vergüenza, más prácticas y, en consecuencia, más rápido aprendes. Y, por tanto, se tienen más posibilidades de optar a trabajos más cualificados. También a defenderte mejor sin tener que sentir la impotencia que hemos sentido los que no hablábamos bien el idioma.*

*Diario personal de Sara*

Al volver a Suiza, después de pasar el día en Besançon, con todavía el país en estado de alarma y las fronteras cerradas, solo había un policía francés en la aduana, como un sábado cualquiera. Nada excepcional, nada raro, como si no hubiera existido ningún atentado.

Mayo de 2015

Habían pasado más de dos años desde que llegamos a Suiza y nuestros familiares, cumpliendo con su palabra, vinieron a pasar unos días con nosotros.

El clima en el mes de mayo solía ser agradable, pero helaba durante la noche. Algunos días eran tan fríos que llegaba incluso a nevar. Era hora de hacer la comida. Hora española, claro. Uno se acostumbra a comer a las doce, pero los que vienen de fuera todavía no tienen acostumbrado el estómago. Preparamos la mesa. El frío se colaba a través de la ventana como si fuera la rendija del aire acondicionado. Cuál fue nuestra sorpresa cuando en mitad de la cena vimos copos de nieve deshacerse en la ventana. Otra vez no, pensé. Pues habíamos pasado cuatro meses de nieve ininterrumpida y lo poco gusta, pero lo mucho cansa. Y yo, al igual que Sara, habíamos visto demasiada nieve. Solo queríamos que llegara el verano para vestir tirantes y chanclas. Mi familia lo contrario. Era normal, nunca nieva en Iber. Al menos yo no lo he vivido. Bueno, sí, una vez, pero no sé si se puede llamar nieve a aquello. Mi familia saltaba y señalaba la nieve con la emoción de un niño que abre un regalo. Al fin y al cabo, aquella nevada era la primera del año para mi familia y lo poco, siempre gusta.

Cenamos plácidamente y mi familia cansada del viaje, se acostó pronto. Nosotros hicimos lo mismo.

Al día siguiente fuimos a visitar el mercado artesanal de La Chaux-de-Fonds. Pasear entre productos de la zona y comprar aquellos que más nos llamaran la atención era otra forma de hacer turismo. Aunque no todo lo que se vendía en el mercado era de la región. En una pequeña parada de tela con forma de tienda de campaña, un señor mayor, alto y delgado, junto a su mujer, cocinaban una paella, de las de pollo y conejo, y la cocinaba bien.

—Mario, ¿eso es una paella? —me preguntó Amalio, la pareja de la madre de Sara desde la entrada del mercado.

Nos acercamos.

—Eso parece. Diría que son argentinos...

—Cada uno se gana la vida como puede... —me dijo Amalio desde el mostrador de la tienda— Buenos días. Perdona. Me ha llamado la atención la paella que está cocinando, ¿dónde ha aprendido a cocinarla si se puede saber? —le preguntó Amalio al responsable de la parada— De pollo y conejo solo las veo en Valencia.

—Buenos días caballero. Donde va ser... en España, por supuesto. Somos argentinos, pero mi mujer y yo vivimos en Valencia durante años. Bueno, en Alicante para ser exactos —se giró hacia su mujer mientras se limpiaba las manos en el delantal—. Maríííí... dale a la paella por favor. Voy con estos señores. Que no se nos queme...

El argentino se volvió hacia nosotros.

—Qué sol, qué playas... —se reclinó hacia delante tapándose la boca con la mano— qué mujeres... no os podéis quejar. Un paraíso —se quitó la mano de la boca y se enderezó—. Al final, nos vinimos a Suiza —paró y miró a los lados—. Se gana muuuucha más plata... —dijo en voz baja.

Amalio me miró de reojo con media sonrisa.

El argentino continuó.

—Llevamos más de diecisiete años viviendo de las paellas y las empanadas argentinas que por cierto, a mi señora le salen buenísimas. Venga, probar una. A los suizos les encanta, aunque las paellas se venden mejor. Eso sí, las prefieren con gambas.

Abandonamos al amable argentino y nos acercamos a una parada de frutas. Amalio, acercándose como si lo intuyera, cogió un paquete de Kakis y comprobó que provenían de Iber. Eso sí, a dos euros la pieza.

Nos fuimos del mercado e hicimos un recorrido de los sitios más emblemáticos de la zona. Destacaría el lago de La Brevine, precioso en verano e increíblemente bello en invierno, periodo donde la lámina de agua se convertía en pista de patinaje solo apta para expertos. Y lo digo con conocimiento de causa, pues no existía una barrera, pasamanos o elemento que sirviera de muleta. Solo tenías los patines y la experiencia y para mí, aquello no significaba gran cosa.

El invierno anterior fui a patinar a ese mismo lago con unos compañeros del trabajo. Recuerdo como en medio de aquella pista natural intentaba sin éxito mantenerme de pie, viendo con asombro cómo la gente con carros de recién nacidos y niños —despreocupados sin mirar el suelo, cosa que yo no

podía evitar— patinar con la ligereza de una pluma empujada por el viento.

En la entrada de la pista se formaba un pequeño mercado ambulante; chiringuitos de venta, tiendas de alquiler de patines, torres, focos, paradas de fondues y otros alimentos... y en medio, yo. Mirando atónito cómo la capa de hielo bajo la parada de fondue, se derretía. Y el agua, como si brotara del interior del lago, crecía rápido. El calor que desprendían las máquinas derretía el queso y el hielo, pero a la gente no le parecía importar. Seguían ahí, haciendo cola, como si nada, y yo muerto de miedo, esperando escuchar el primer crack que nos llevara al fondo.

Por suerte, me fui antes de ver el final.

En ese lago se han llegado a registrar temperaturas inferiores a menos cuarenta grados. No en vano a esa zona se la conoce como la Siberia de Suiza. Una zona que visité con mi familia, por suerte, en primavera.

Aparcamos el coche en un parking junto al lago. Tomamos una senda de piedra que hacía de enlace. De repente, a mitad de camino y por la espalda...

—Buenos días. No he podido evitar la tentación de saludaros. La matrícula os delata —nos dijo un hombre desalineado que vestía chándal y deportivas.

Nos presentamos y nos contó su historia. Estaba casado y tenía dos niñas que vivían en Málaga. A causa de la crisis perdió su empleo y ante la imposibilidad de encontrar otro, decidió hacer las maletas y probar suerte en un país distinto. Vivía en una caravana en el parking. Decía que así se aprovechaba de las tomas eléctricas y los baños públicos. “Así puedo ahorrar y enviar más dinero a mi familia”. Era electricista y trabajaba en el último pueblo fronterizo antes de llegar a Francia.

—He escuchado que por esta zona se han llegado a registrar temperaturas de menos cuarenta grados. ¿Sabes dónde? —le pregunté.

El hombre, girándose sobre sí mismo con una sonrisa en los labios y apuntando con el dedo, dijo:

—Justamente allí, al lado de la caravana.

Nos despedimos del malagueño y pasamos la tarde paseando por el lago. Volvimos a casa. Los días siguientes visitamos Neuchâtel, Lucerna, Zurich... siete días maravillosos en familia y el octavo se marcharon.

*[...] Esta distancia temporal de ver a mi familia una o dos*



*veces al año me produce además del desapego, un sentimiento de extrañeza cada vez que regreso. Y no me refiero ni a la forma de ser ni de actuar de las personas, sino al cambio físico que se produce en ellas.*

*Cuando abandono España tengo la esperanza de que el tiempo se pare. Guardo la última imagen que tengo de mi gente. A veces, aparece de forma involuntaria, una reacción instantánea a un pensamiento fortuito. Imagen que, por otro lado, no está actualizada. Pueden pasar años y tener siempre en mente el mismo rostro. Cuando vuelvo a casa doy por hecho de que nada ha cambiado, que todos son el fiel retrato de mi recuerdo como si el tiempo no hiciera mella en ellos. Todo volvería a estar como antes y yo podría recuperar el tiempo perdido. Pero no, la vida continua su curso y yo lo noto demasiado cada vez que vuelvo.*

*Diario personal de Sara*

Después de las insanas despedidas, Sara y yo nos quedamos otra vez solos. Sara se cerró en la habitación con su diario y yo me quedé leyendo en el salón. Elegí un libro de Stephen King en francés que había recogido de los puntos de préstamo repartidos por la ciudad. Leí, leí y leí, y por momentos pensé que me encontraba sentado en mi sillón amarillo, junto al fuego, leyendo en mi sala de estar.

## Verano de 2015

Poco después de la visita de nuestros familiares, mi madre, después de varios intentos, consiguió contactar conmigo desde España. Tenía la voz acelerada.

—¿Mario?

—Sí, mamá.

—Tu tío...

—¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?

—Tu tío Pedro está en el hospital.

—¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien?

—Un infarto, Mario —me dijo entre sollozos.

—¿Cómo? ¿Pero está fuera de peligro?

—Está en urgencias. El médico dice que no ha sido un infarto fuerte, pero puede repetirse.

—¿Está en La Mar? —el hospital de Iber.

—Sí, pero no hace falta que vengas. Si hay cualquier novedad te digo.

—Mamá, si no voy y ocurre algo, me arrepentiré toda la vida.

Reserve un avión por internet que salía al día siguiente de madrugada. Hice la maleta de mano. Le conté a Sara lo ocurrido. Me cogí un par de días en el trabajo. Al día siguiente fui de buena mañana a la estación de La Chaux-de-Fonds para coger el tren que me llevara al aeropuerto de Ginebra.

En la misma plaza, antes de entrar en la estación iba cargado con mi maleta, mi chaqueta, mi bufanda y mis guantes, viendo como la gente caminaba de buena mañana cabizbaja, como autómatas, directos a coger el autobús o el tren que los llevara al mismo trabajo de todos los días. También me cruzaba con jóvenes vestidos con ropa militar y sacos verdes sobre la espalda, caminando impasibles ante los copos de nieve, sin guantes ni paraguas, como si la nieve no existiera o no hiciera un frío que congelaba. Caminaban en línea recta con el cuerpo rígido y marcha militar a pesar de los charcos y riachuelos de las calzadas. Imagino que directos a casa después de haber pasado un

tiempo alejados de ella.

En la parte posterior de la estación, entre el edificio de los puntos de venta, la cafetería, el quiosco o la panadería y el túnel que llevaba a los arcones de los trenes, una doble puerta de cristal automática y transparente hacía de barrera contra las inclemencias del tiempo. Y los más miserables, los que se ponían hasta arriba de cerveza, allí se resguardaban, en el túnel, cerca de la entrada, junto a las puertas correderas.

A veces, cuando había un gran número de ellos y el espacio en el exterior era insuficiente o las inclemencias del tiempo les impedía a todos resguardarse fuera fumando sus cigarrillos mal liados, se metían dentro, en el espacio formado entre las dos puertas de vidrio. Desprendiendo un olor a vómito, a sudor incrustado, a comida pasada y orín en las esquinas. Pasabas rápido para que no se sintieran ofendidos y así, evitar un posible escándalo. Pues lo he visto hacer. Una vez una chica joven salió corriendo porque uno de estos borrachos gritaba despavorido detrás de ella. Y esta, asustada, no le quedó otra que salir por patas.

No eran demandantes de limosna, eran borrachos, embriagados, alcoholizados, miserables que pasaban su tiempo libre —que era todo el día—, allí, en la estación. Los veía con el rostro escondido tras sus capuchas y sus barbas largas, con una cerveza en la mano y si no, un vaso de plástico que les servía para repartirse las litronas que iban acopiando como trofeos en el alfeizar de las ventanas. Vestidos con trapos, medio descalzos con zapatos que deberían ser una tortura durante el invierno. Vivían al margen de la sociedad, pero tan dependiente de ella, pues según tengo entendido, el estado suizo les paga un sueldo que deberán devolver cuando encuentren trabajo. Hecho que los sentenciaba a no encontrar ninguno.

A veces, cuando pasaba por su lado, me preguntaba cuántos de estos marginales habían sido emigrantes como lo era yo en ese momento, desbordantes de esperanzas y repleto de ilusiones. Y que, por circunstancias de la vida, golpe tras golpe, marginándose de la sociedad y del resto, consumiéndose a sí mismo como un tumor maligno, se habían convertido en espectros errantes de lo que un día fueron.

También veía a trabajadores que descendían a la ciudad de Neuchâtel o venían de ella o de cualquier otro pueblo cercano para volver del trabajo o ir directos a él. Protegidos con chaquetas, guantes y botas, cargados con maletines o a los más jóvenes, a los que se dirigían a la universidad, con

mochilas. Otros iban como lo hacía yo, cargados con maletas de mano, abrigados, ocultando cualquier centímetro de piel descubierta, caminando sobre las pisadas dibujadas de otros transeúntes en la nieve cuajada, directo a coger el tren que me llevara al aeropuerto de Ginebra.

Cogí el tren de madrugada, al final de la noche. Me gustaba sentarme junto a la ventana, reflexionando hacía la calle, sin importarme quién se sentara a mi lado, sin ver nada más allá de la oscuridad del vidrio empañado y el reflejo borroso de los que se disponían al otro lado del pasillo.

Veía a los pasajeros bajar o subir en la siguiente parada o a otros hacerlo más lejos. Algunos, incluso me acompañaban hasta el final del trayecto. Otros, ni se daban cuenta de que existía, absorbidos en sus pensamientos. Cada uno se evadía como quería. Yo lo hacía reflexionando, admirando como el día vencía a la noche, como el silencio daba paso al sonido de la vida. Reflexionaba sobre mí, de mi familia, de mi futuro, imaginando por adelantado el reencuentro... Imaginaba, imaginaba, imaginaba... hasta que una voz en francés desde los altavoces del tren, me informaba de que había llegado a mi destino.

*[...] Ayer estuve trabajando con Marco, un compañero del trabajo. Me ha confesado que ha llegado a bajar a su país con amigos para pasar un puente de cuatro días. El jueves de viaje, viernes y sábado para disfrutar y el domingo vuelta a casa. El lunes, muerto en vida. Había que tener ganas... Pero diría que comprensivo. El emigrante suele idealizar todo lo relacionado con su país, creando una necesidad que se impregna en los pensamientos como si fuera lodo que lo oscurece todo. Pero a veces nos olvidamos de que la carretera es demasiado peligrosa para pasar tanto tiempo en ella.*

*En una de las veces que volví junto a Mario de unas vacaciones en España, casi sufrimos un accidente de tráfico mortal. En aquel periodo, el sur de Francia era un foco receptor de turistas. En las autoroutes existían paneles electrónicos donde se indicaban los hechos más relevantes que ocurren al momento. Además, en una emisora de radio se informaba de la situación del tráfico en todo el país. En un*

*punto de la carretera que no recuerdo, ya que mi mente no estaba para esas pequeñeces, leímos en un panel electrónico:*

*“Cuidado, coche circulando en sentido contrario a 14 Km. Sintonicen la emisora 107.7”*

*“A los vehículos que circulan por la autopista.... deben abandonarla urgentemente en la próxima salida. Coche circulando en sentido contrario. Repito, coche circulando en sentido contrario. Por ahora las autoridades no han dado más información”, escuchamos en la radio.*

*Mientras conducíamos hacia el fatídico encuentro, calculaba: distancia del cruce catorce kilómetros. Si el otro vehículo circulaba a la misma velocidad que nosotros, teníamos siete kilómetros para topar con una salida. Si conducimos más lentos, la distancia se reducía. Si, por el contrario, decidíamos ir más deprisa, ganábamos distancia, con el agravante de que controlaríamos peor el coche y el accidente se agravaba.*

*Siguiente panel:*

*“Cuidado, coche circulando en sentido contrario a 7 Km. Sintonicen la emisora 107.7”*

*Como si los conductores nos hubiéramos puesto de acuerdo en optar por la segunda opción, nos pusimos uno detrás de otro por el carril del centro. Intentando ver desde lejos, por donde vendría el suicida.*

*¿Será un Kamikaze o un despistado?*

*Siguiente panel:*

*“Cuidado, coche circulando en sentido contrario a 4 Km. Sintonicen la emisora 107.7”*

*Por suerte apareció un cartel indicando que la siguiente área de servicio se encontraba a un kilómetro de distancia.*

*Todos los coches tomamos la salida y pudimos evitar aquel*

*cruce que hubiera podido terminar en tragedia.*

*Sin duda esos viajes eran peligrosos. Sobre todo, cuando uno se acostumbraba a ellos, perdiendo la consciencia del peligro. Entusiasmados con llegar pronto, reduciendo la fricción de los neumáticos sobre el asfalto mojado, intentando robar tiempo al tiempo a pesar del sueño y el cansancio.*

*Diario personal de Sara*

Los aeropuertos son lugares atemporales, apartados del mundo, aislados en sí mismos, con sus leyes y obligaciones, como una red independiente que une los países por el aire. Cuando cogemos un avión no estamos seguros de que nos lleve donde queremos, solo nos subimos a ellos confiados en que hará lo correcto, dejándonos llevar por acuerdos escritos a través de pasillos asépticos y opresivos, metálicos y estrechos, como si fueran agujeros de gusano que desembarcan en otro mundo. La primera vez que uno llega, no sabe muy bien donde se encuentra o a dónde debe ir, o a quien debe dirigirse, solo camina confuso entre el tumulto y los espacios faraónicos con el único recelo de no perder ni su billete ni sus documentos. Los dos bien cogidos de la mano y en la otra, la maleta, arrastrando su vida en ella, dirigiendo miradas perdidas a todas las pantallas sin entender demasiadas cosas. Observando por el exterior, a través de cristales tintados que dan siempre la sensación de mal tiempo, de día cerrado, los innumerables coches y taxis mal aparcados, los autobuses llenos y la gente esperando. Y en el interior, a los vendedores ambulantes de seguros o de cupones, a las señoras de la limpieza con los carros apeados en las puertas de los baños, a policías caminar despacio, a gente haciendo cola para embarcar las maletas y a otras, caminar deprisa, cargadas con más cosas de las que podían transportar. Tal vez, para no perder el vuelo que los lleve de vuelta a casa.

Por suerte, yo no es la primera vez que iba, mi vuelo lo tenía localizado y me dirigía a la puerta de embarque. En mi paseo pausado, veía a la gente con carteles esperar a los recién llegados. Veía a familias fusionarse en abrazos; saltando, gritando y llorando. Tal vez familiares que volvían a casa por vacaciones o mejor, para no volver a marcharse. Veía a la chica joven y guapa que se ponía en la primera fila, junto al pilar revestido de mármol, impaciente por su cita. Sin duda, alguien importante para ella. Me gustaba pensar que

esperaba a su chico, a un joven apuesto que había dejado su vida para estar con ella. Al igual que me esperaba mi chica cuando volví por primera vez a España.

Llegué a Iber. Mi hermano me recogió en el aeropuerto y treinta minutos más tarde llegamos al hospital. Mi madre me esperaba en el exterior de la habitación. Estaba más delgada que de costumbre, reposaba sobre la pared del pasillo con la mirada perdida en algún punto del pavimento. Al verme se reincorporó.

—Tienes buen aspecto —me dijo arreglándome el cuello del jersey.

—Estás muy guapa.

—Con estas pintas...

—¿Cómo está el tío?

—Mejor. El médico dice que es aconsejable que se quede un par de noches para tenerlo en observación. Por si le repite... Ha tenido una arritmia.

—¿Y tú cómo estás?

—Yo bien, hijo. ¿Y Sara?

—Bien. Ella es la que cuida de mí.

Entré en la habitación. Mi tía descansaba sobre un sillón en un lateral de la sala. Era una habitación compartida que por suerte solo estaba ocupada por mi familia. La cama vacía servía para que mi tía o mi madre —conociéndola pasaría las dos noches junto a su hermano—, pudieran dormir en condiciones. Las paredes estaban enmalladas con un tipo de fibra verde y el techo era de escayola desmontable. Una gran ventana proyectaba los paisajes de Iber y una puerta que daba acceso a un pequeño balcón, estaba cerrada con llave porque muchos de los visitantes y también los pacientes, salían a fumar.

No pude más que sorprenderme al ver a mi tío en tal contexto, recostado sobre una cama que no quería ni imaginar las personas enfermas o moribundas a las que habrá dado reposo. Lo miré con miedo, como si hubiera visto algo importante para mí que no estaba en su sitio.

—Esto es así...—me dijo mi tío Pedro al verme sorprendido. «Esto es así...», resumiendo la vida en tres palabras. No se refería a los cables y ventosas que llevaba pegadas al cuerpo. Ni a la jeringuilla clavada en su mano ni a la pantalla que monitorizaba sus constantes vitales. No se refería a lógica física de las consecuencias del infarto. Esas tres palabras hacían referencia al juego de la vida, a esta extraña condición que es la existencia. Hoy estás aquí,

vivo, y mañana... mañana quien sabe dónde estarás.

Aquellas tres palabras retumbaban en mi interior como un GOOONG. Lo dijo con un aplomo y una valentía que todavía me estremece. «Esto es así...». Tal vez, tuve miedo de verlo así porque me recordaba a mi padre, hospitalizado en una habitación similar y sin final feliz.

Recuerdo como las visitas al hospital se volvieron una constante. Mi padre se encontraba mal, padecía dolores fuertes de espalda y empezó a perder peso. Su aspecto desmejoraba con los días y después de varias visitas al hospital y las correspondientes pruebas médicas, el diagnóstico fue demoledor: cáncer terminal. Todavía recuerdo la frase en boca del médico: “lo siento, no hay nada que podamos hacer”.

Yo estaba ahí, de pie, junto a mi madre, en medio de aquella sala donde la vida y la muerte confluían con una normalidad pasmosa, innatural, al menos para los que no estamos acostumbrados a ella. La noticia pasó sobre mí como lo hubiera hecho un tráiler a toda velocidad, arrollando todo a su paso, destruyendo todo lo que habíamos construido juntos.

Mi padre fue hospitalizado en una habitación similar —por no decir idéntica—, a la de mi tío pero en una planta destinada a los enfermos más graves. Llevaba la misma indumentaria, una bata azul-verdosa que despoja de toda dignidad a quien la lleva y lo convierte en un tipo de cobaya que solo espera, como si fuera lo único que existiera, escuchar decir al médico: «le vamos a dar el alta» o «ha salido todo bien, pronto estará en casa». Esto es lo que desean, pero muchas veces les toca escuchar frases lapidarias. Recuerdo en las habitaciones de enfrente a la de mi padre, a familiares de algún hospitalizado salir de la habitación para desahogarse y volver a entrar sonriendo. Otras familias vivían lo que a la mía le aguardaba, el shock de la pérdida. También veía a mi madre desfallecida, callada, asimilando lo que se nos venía encima, deseando no haber escuchado la maldita frase del médico o haber escuchado todo lo contrario.

El tiempo solo corroboró la cruda realidad, ver como mi padre se apagaba día tras día, como una vela de cera que se consume, hasta que inexorablemente se apaga.

Pasé la noche en casa de mi madre y volví al hospital al día siguiente. Un día más tarde cogí un avión que me alejaba de Iber para llevarme junto a Sara. Repitiéndome, tal vez demasiadas veces durante la soledad del viaje, si todo el esfuerzo y sufrimiento invertido en tener una vida “mejor”, valía la pena. Si



en definitiva, Hugo llevaba razón.

Cuando los colores desaparecen y todo se tiñe de blanco, el ambiente es mágico, pero también resulta incómodo en el día a día. De hecho, todo se planifica, lo personal y lo profesional, en función del tiempo. Siempre se tiene instalada la última aplicación de móvil que asegure una previsión meteorológica lo más exacta posible. Sara para no desperdiciar un fin de semana de sol, encontró un método de predicción infalible. Mis amigos cuando querían planificar un evento siempre acudían a ella. De broma le preguntaba si recogía la información de varias páginas meteorológicas y hacía la media, siempre respondía que sí. Pero lo que peor llevaba más que la falta de sol, eran las innumerables precipitaciones.

La lluvia era una constante que no cesaba. También en vida he escuchado mil veces cuando me quejaba. Podía llover dos o tres días seguidos sin llegar a acostumbrar el cuerpo a ese hábitat cerrado, oscuro y malhumorado, al igual que el temperamento de las personas después de estar varios días sin salir de casa, sin respirar el aire puro de las montañas. Y cuando era invierno y helaba, esta lluvia se transformaba en nieve y ocurría lo mismo.

La nieve era silenciosa, se derretía al tocar el suelo o se acumulaba formando espesores sorprendentes durante el transcurso de la noche, impidiendo que se pudiera salir a la calle al día siguiente. Sabíamos que nevaba porque veíamos los copos caer desde la ventana, sin prisa, fundiéndose uno a uno antes de llegar a tierra y una vez allí, formar algo más importante que ellos. Sabíamos que nevaba por los zapatos en los rellanos, por las palomas en las ventanas, pero no porque la nieve fuera ruidosa. La nieve era silenciosa, tímida, absorbente, caía lentamente sin despertar a nadie, pero se volvía sonora más tarde, como un eco retardado que llegaba al caminar sobre ella, a cada paso, a cada quejido, a cada roce de las máquinas quitanieves sobre el asfalto, al acelerar de los motores por la falta de fricción de los neumáticos, al rascador de los cristales sobre los vidrios congelados.

La lluvia en cambio era ruidosa, molesta, impertinente, no avisaba, tampoco hacía falta asomarse a la ventana ni ver a las palomas, el sonido constante de la cubierta nos avisaba como el repicar de un tambor en medio de

una cabalgata, sin pausa, coordinada, formando melodías embaucadoras. Sabíamos que llovía por el choque de las gotas contra los charcos de una calle mal pavimentada o el descenso del agua por los canalones de la fachada. Pero cuando cesaba, la lluvia se convertía en calma. Una calma que se trasladaba a cada habitación, a cada rincón del apartamento y del edificio. Una tranquilidad reconfortante para el reposo de nuestras vidas. Libres de gritos y sonidos tan estridentes, tan españoles, tan vacíos de concordia y respeto. Me sorprendía la tranquilidad de mi piso, alejado de las calles y del rugir de los días, sin el sonido de los motores ni el ascensor realizando el mismo recorrido, sin el vocerío de los vecinos ni los talleres artesanales dispuestos en el interior de los apartamentos. Como si viviéramos solos y fuéramos los únicos inquilinos. Únicamente el chirriar ocasional de la estructura o el dilatar del suelo de madera rompían el silencio, al igual que los extraños sonidos de arrastrar de muebles que provenían de la planta superior, bajo la cubierta, durante la noche, donde solo había trasteros y no vivía nadie.

Sabía que vivía gente en el edificio porque me los cruzaba en la escalera. Había gente de todas las edades y nacionalidades, como si cada rellano fuera una frontera y cada puerta un país distinto. En la planta baja, una familia encantadora con tres hijos, de madre española y padre suizo. En la primera, una mujer mayor, alegre y simpática, de unos cien años de edad que bajaba y subía los peldaños como acantilados. En el segundo una familia portuguesa que siempre tenía visitas en casa y en frente un apartamento de asiáticos con un cartel de “se realizan masajes”. En el tercero, un hombre que debía de ser, por su educación y cordialidad, suizo. Y en frente, una pareja joven que hablaba francés. En la cuarta y última, un hombre mayor que vivía con su hijo y que no alcanzo a determinar la nacionalidad, aunque no deberían de estar lejos de ser nativos o centro europeos. Y en frente, nosotros.

*[...] La posición central del país con respecto a Europa hace que en un radio de cuatro horas en coche, podamos visitar una gran cantidad de bonitas ciudades: París, Estrasburgo, Milán, Turín, Zúrich, Friburgo...*

*Ayer, aprovechando que los mercados ambulantes navideños han abierto al público, por calidad y distancia, visitamos el mercado de Montreux. Ciudad situada en el cantón de*

*Laussane. A una hora en dirección Sud de donde vivimos.*

*Había escaparates decorados con toda clase de objetos navideños. Luces parpadeantes de neón, familias paseando de la mano, gente con bolsas llenas de regalos, turistas fotografiando todo, gente mayor cogida del brazo, y coches y autobuses en todas las direcciones. Todos, directos al mercado navideño.*

*Estacionamos el coche en un parking de pago no muy lejos, pero eso sí, caro. Descendimos la calle principal que no era más que una inmensa escalera adaptada a la topografía del terreno. Y al final, como remate triunfal, la estatua de Freddie Mercury alzando el brazo a modo operación triunfo. Y como si fuera un altar, los visitantes primero se fotografiaban con Freddy y luego se adentraban en el mercado. Posicionándose en la escalera, desde la perspectiva picada que la calle escalonada ofrecía. Riñendo a los que se pasaban más rato de lo estipulado, como si Freddie fuera a quejarse o a salir corriendo. Y al lado, la entrada a la feria, con el lago Lehmann siempre de fondo.*

*Era inmenso, había tiendas por todas partes. Barras de bebida en la entrada y en los laterales, ambiente a velas e incienso, olores a queso fundido, pequeñas casetas de madera con objetos hechos a mano, gente apelotonada, jardines con figuras a escala humana —en este caso Los Pitufos— y Papa Noel en varias esquinas. Artistas haciendo dibujos a mano alzada, personajes de Disney que se colaban entre la gente, una parada de tren que lleva a ver otro Papa Noel —al verdadero escucho—, músicos tocando trompetas que llegaban a tierra... en fin, ambiente a Navidad por toda la ciudad, pero esta vez, con la ausencia de la magia que solo la nieve ofrecía.*

*Diario personal de Sara*

Cada cruce del portal de sus casas, cada cierre de la puerta de entrada, es

acercarse cada uno a su intimidad y a su país, con sus fotos y recuerdos, con sus horarios inadaptados, con su gastronomía y su idioma, a pesar de vivir en otro país distinto.

En Suiza, la concienciación con el medio ambiente y la naturaleza es total, al igual que el respeto por los animales. Pero lo que más me sorprendía era la capacidad de adaptación de la gente extranjera. La mayoría de emigrantes acataban las leyes y las formas de vivir del país. Supongo que por la dureza de las sanciones.

Conducíamos por una carretera convencional, estrecha, de un carril para cada sentido, acechada por las malezas de los campos que intentaban recuperar el terreno perdido. Nos dirigíamos, Sara, Kira y yo, a Berna, cuando un cartel metálico, dispuesto en un lateral de la calzada, se cruzó en nuestro camino. En él se leía con letras grandes y una mala caligrafía, la palabra “*Self-service*”.

Seguimos nuestro trayecto y a poco más de un kilómetro del primer poste nos topamos con otro idéntico al primero. Y a unos doscientos metros, un puesto de venta de calabazas con tres paradas de tela y palés de madera. “Podríamos coger una para cenar. Hace tiempo que no comemos ninguna”, me dijo Sara señalando con el dedo los palés de madera que transcurrían por el cristal de la ventana.

Aparqué el auto a lo lejos siguiendo la fila de coches mal aparcados. Nos acercamos. Entiendo que pusieran una parada de venta en medio de una carretera transitada, pero que no hubiera vendedor... De hecho, cada calabaza llevaba un adhesivo indicando su precio, la gente escogía la que más le gustaba y depositaba el dinero en una caja de madera, a la vista, señalada con un cartel vistoso donde se leía la palabra: “*CAISSE*”.

Vi a gente de nacionalidades distintas, desde suizos hasta compatriotas, portugueses, italianos... La gente confiaba y no esperaba que la engañasen. Cada uno cogía la calabaza que quería y depositaba el dinero en la caja. Una caja llena de billetes y monedas para que uno mismo se pudiera cambiar si no llevaba la cantidad exacta. Me recordaba a la caja de plástico que había debajo de nuestro piso, en la acera, donde cada mañana el repartidor del periódico depositaba los ejemplares del día. La puerta para coger uno estaba abierta, lo que no significaba que fuera gratis. Una flecha naranja y vistosa indicaba la ranura por donde había que introducir las monedas. Monedas que

mi amigo Braulio echaba cuando venía a comer a casa.

—Braulio, no vale echar diez céntimos para que suene.

—He echado lo que toca, que te crees...

—Claro...

Al poco tiempo un joven con un camión repleto de más calabazas reponía las vendidas y recogía el dinero. Después se iba, entiendo, rumbo a la próxima parada. Y nosotros hicimos lo mismo. Continuamos nuestro trayecto con destino a Berna, la ciudad con encanto por excelencia.

Como remate de aquel día tan especial, fuimos a cenar con unos amigos. Eran mayores que nosotros, aunque esto nunca importó —ni a ellos ni a nosotros—. Sobrepasaban los cincuenta años y sus pensamientos, aunque lejanos, se dirigían a su vida después de la jubilación. Lorena, una mujer de pelo plateado y bonita sonrisa, era madre de dos hijos que vivían en España. Solo tenía en mente volver a Galicia una vez jubilada. Félix, catalán, no quería pisar la península, sus experiencias personales le habían llevado a detestarla.

Las discusiones no se basaban en elegir en que parte de España vivir, las discusiones iban enfocadas en elegir donde finalizar sus días una vez jubilados.

—Félix, tú si quieres te quedas, yo me vuelvo a España cuando me jubile. O que no me vaya antes... —le dijo Lorena teatralizando.

—Yo a España no voy ni de vacaciones, ya sabes que me entra urticaria...

—Lo mejor será que os compréis una casa allí y así podéis ir y venir. Es lo que hace la mayoría —dijo Sara.

—Ya veremos, ya veremos... —dijo Lorena levantándose de la mesa.

—Que pereza... De todas formas, ese problema ya vendrá. Igual cambia de opinión— dijo Félix.

—O tú, vete a saber...—le respondió Lorena.

*[...] Esta tarde hemos recorrido las calles de piedra de Berna admirando los edificios y las fuentes cromadas en oro, pedestales que mostraban con orgullo, los emblemas de su cultura. Para Berna los osos. No por casualidad, bajo el puente impronunciable que tiene por nombre "Nydeggbücke", viven unos osos en cautiverio. Acostumbrados a los flashes de los turistas que con sus*

*cámaras insaciables, los fotografiaban con asombro. Asomándose tal vez demasiado, a los antepechos del puente, amontonándose en grupos y jugándose la vida en la caída, o todavía peor, por servir de comida a aquellos mamíferos peludos con garfios en las manos y lanzas en la boca.*

*Desde el puente en línea recta, recorriendo la calle en sentido opuesto, se llega a la torre del reloj. Fuente de inspiración de Einstein, quien vivía a escasos metros de allí.*

*Una calle que se encontraba vestida con banderas y fuentes, con puertas de madera incrustadas en el pavimento de piedra como accesos a mundos subterráneos. Con pilares y arcadas de piedra que forman galerías en planta baja, donde la gente se aglutinaba entre los escaparates y las tiendas. Una ciudad moderna pero antigua, con alma, con carisma, donde un simple recorrido por ella hacía pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor.*

*Diario personal de Sara*

Entre copas de vino y trozos de calabaza, finalizamos aquella magnífica velada intentando decidir qué hacer en un futuro lejano. Un hecho absurdo, pues adivinar lo que se va a sentir dentro de unos años es una pérdida de tiempo. Por otro lado, comprensible e incluso diría que inevitable, pues la esperanza es el único bálsamo para el emigrante.



Suiza funciona con cartas. La primera y más importante, la que mi jefe me escribió para obtener el apartamento. La que leería después, la que el estado suizo le envió a Sebastián por haber solicitado *le permise de séjour* a su pareja.

No os lo he contado, pero Sebastián consiguió mantenerse en la fábrica de madera donde empezó trabajando. La persona a la que sustituía no se recuperó de su lesión —lo negaré si me lo preguntan, pero me alegro— y Sebastián ocupó su lugar. Alquiló un apartamento y trajo a su mujer Estefanía y a su hijo Pablo. Estefanía hacía poco más de dos meses que había llegado al país helvético y como no había encontrado trabajo la podían echar del país por no estar casados —si estuvieran casados, hubieran podido solicitarle el mismo permiso que tenía Sebastián—. Como no perdían nada por intentarlo, Sebastián le solicitó el permiso de residencia a su pareja —estos dan derecho a mantenerse en el país durante un tiempo determinado en función del tipo de permiso. Existían de un año, de cinco, de diez—.

Y entre ese barullo de permisos, conocí todo tipo de gente que intentaba vivir en suiza a través de atajos legales que les permitiera entrar en el país, pues hay personas que por pertenecer a un país específico tenía prohibida la residencia en el país helvético. Hecho que puede ser catalogado y de hecho así lo he escuchado, como discriminatorio. Adjetivo que no comparto. Visto el resultado del país y conociendo su funcionamiento con el uso de los referéndums —tema que abordaré más adelante—, el limitar la entrada de extranjeros de un país específico es una forma de protección ante experiencias previas negativas. Pero centrémonos en la gente que puede conseguir un permiso de residencia. Cuando uno llega en busca de trabajo, tiene una autorización de tres meses para buscar empleo. Si no lo consigue, tiene que volver a su país a no ser que solicite prolongaciones de permisos previo estudio y aceptación. Conocí a un chico durante unos entrenamientos de fútbol que ante la imposibilidad de vivir en Suiza con su nacionalidad colombiana, vivió en España para obtener la nacionalidad española y acceder al país helvético como ciudadano europeo. Otro caso fue el de un chico de unos

veinticinco años, casado y con dos hijos. Procedía de Medio-Oriente y a diferencia del chico colombiano, este no tuvo que vivir en otro país para conseguir la nacionalidad europea a pesar de que la gente de su país también tenía la entrada restringida. El que nos viéramos a menudo en el gimnasio hizo que entabláramos una pequeña amistad que nunca salió del recinto deportivo. Me confesó que era militar e intervino en una guerra civil que perdieron. Estaba condenado a prisión, lo que equivalía según él, a morir en la cárcel. Vivía en Suiza como refugiado con su mujer y sus dos hijos y solo veía a sus familiares cuando estos iban a visitarlo. Lo que no era muy a menudo pues el nivel de renta en estos países no les permitía comprar billetes de avión muy a menudo.

Había otro tipo de emigrantes que llegaban sin anunciarse, ocultos a la policía y a los servicios aduaneros, hasta que conseguían un empleo y empezaban a emerger como submarinos. Decían que de esta forma se ahorraban el tener que volver a casa una vez finalizados los tres meses de permiso.

No soy ningún especialista en la concesión de permisos ni los he estudiado tampoco, solo me informé por interés propio cuando lo necesité. Pero creo que la información aportada es suficiente para hacerse una idea del funcionamiento del país y entender mejor la carta que recibió Sebastián por solicitar el permiso a su pareja.

Sebastián envió la carta y la respuesta del estado no tardó en llegar. La leí. No recuerdo las palabras exactas, pero decía algo así:

*“Usted trabaja en el sector de la construcción y el salario medio es X, si a esto le descontamos el alquiler, los seguros de su familia, incluida la de su pareja quien actualmente se encuentra desempleada, los gastos derivados de la vivienda, la comida, el coche, la guardería... al final, no va a tener suficientes recursos económicos para hacer frente a un grupo familiar de tres personas usted solo.*

*Le podemos conceder el permiso “B” a su pareja, tal y como usted nos lo ha solicitado, pero si pidiera una prestación o ayuda social, os invitaríamos a abandonar el país.”*

Mi amigo solicitó el permiso a su pareja y se lo concedieron. Al poco tiempo, ella encontró un empleo.

Con respecto a Bruno y enlazando con los permisos de residencia y el funcionamiento del país helvético, no tuvo tanta suerte como Sebastián. Una pelea en un bar contra un francés estúpido que se metió con él y su familia, le costó una “invitación” del estado helvético a abandonar el país. Le partió la boca de un puñetazo por haberle llamado *espagnole de merde*, o algo así creyó entender.

Se buscó un abogado y recurrió la sentencia. No lo echaron, pero vivió bajo pena de expulsión al menor alboroto.

Esta dureza de echar a la gente inadaptada del país, la viví de primera mano en mi profesión. Tuve la suerte de colaborar en el proyecto arquitectónico de ampliación y transformación de la prisión de Bellevue, en Gorgier, en el cantón de Neuchâtel. La prisión estaba construida en la loma de una montaña, frente al lago. Solía visitarla de forma puntual para tomar medidas y seguir el avance de las obras. Dependiendo de donde me encontraba, el servicio de seguridad ponía a mi disposición un agente para que me acompañara durante mis labores profesionales. Siempre solía ser el mismo, un hombre alto, de piel oscura y cabeza rapada que me recordaba al gigante de la película *La Milla Verde*. Durante mis primeras visitas se limitaba a no hablar demasiado, solo abría y cerraba puertas con su enorme manajo de carcelero.

Después de varias visitas y entablada una poco de confianza, le pregunté si conocía el número de presos recluidos. El agente, sin reflexionar demasiado, me respondió una cifra que se me antojo insignificante.

—¿Y cuantas prisiones hay en este cantón? —le pregunté.

—Dos, esta y otra que hay en La Chaux-de-Fonds, pero es todavía más pequeña. Y también la están transformando.

Conocía de que prisión hablaba, vivía cerca.

Me explicó que si no se posee el permiso “C” o la nacionalidad suiza, no encierran a los extranjeros. Los envían de vuelta a sus países impidiéndoles de nuevo la entrada.

Esta dureza de echar a la gente no es más que el reflejo de la voluntad de un pueblo expresado en las urnas. Y es que Suiza es una de las mejores

democracias del mundo y como prueba de ello, cito a los referéndums. No sé las peticiones que se podrán pedir en ellos o quienes podían solicitarlos, o incluso los mecanismos necesarios para poder convocarlos, pero lo que viví y lo que se pedía en ellos, me sorprendió. He visto desde solicitar protección jurídica a los perros, hasta la compra de material armamentístico, ampliar las vacaciones de cuatro semanas a seis, quitar el servicio militar, restringir el salario del empleado que menos gana a doce veces el salario del directivo que más cobra, la inhabilitación de los pedófilos a trabajar con niños... Unos doce referéndums por año.

He escuchado en más de una ocasión en España, decir que los referéndums no son buenos mecanismos de resolución de conflictos porque separan a la gente. Se decide entre un NO o un SI y esto conlleva la división de la sociedad. Este pensamiento es la afirmación de que la gente no es tolerante y me niego a pensarlo. Si no se quieren realizar, debe ser por otros motivos y no por pensar que no se va a aceptar el resultado. Pensar que es mejor solución que un político decida por la vida de muchas personas, es tan injusto como pensar que las decisiones de estos pueden estar manipuladas por factores externos.

Los referéndums son una seña, la consecuencia de la personalidad de un país, un elemento identificador de su cultura. Pero existían otras formas de identificarla como eran sus costumbres, su educación, el aspecto físico de los edificios, el funcionamiento de los servicios públicos... Yo, además de lo anterior, diferenciaba la cultura de los países en los viajes de vuelta en coche a España.

En las emisoras de radio suizas, independientemente del dial que sintonizara, siempre hablaban, discutían y dialogaban del país y del mundo. Existían emisoras musicales, claro, pero el número de estas eran insignificantes en comparación al resto. A medida que descendía en latitud y me adentraba en Francia, esta proporción cambiaba a favor de los diales musicales. Diría que el cincuenta por cien. Era cruzar la frontera francesa y entrar en España, y escuchar un sinfín de diales musicales que invadían el pantone de la FM. Tal vez porque somos más viscerales e impulsivos y nos dejamos llevar más por los sentimientos.

*[...] Mario y yo íbamos asiduamente al centro portugués*

*situado cerca de la estación de trenes de La Chaux-de-Fonds en la primera planta de un edificio de locales comerciales junto a la gare. Pocos lugares como los restaurantes portugueses para degustar un buen bacalao.*

*Subimos la escalera metálica exterior y entramos en el local. Cuál ha sido mi sorpresa, cuando he visto en un lateral de la barra a modo de altar, una fotografía de una chica joven, guapa, rubia, vestida con un traje rojo a conjunto con sus labios, rodeada de flores y velas. Era una chica portuguesa de unos treinta años que había acabado con su vida con un bote de pastillas. Había dejado un marido viudo y dos niños huérfanos. Y nadie sabía por qué.*

*He conocido a gente caer enferma por no poder volver a su país de forma definitiva. Mujeres que han perdido más peso del que podían soportar sus cuerpos por estrés y tristeza. Pero no puedo creer que el emigrar haya tenido algo que ver con la decisión que tomó la chica portuguesa. ¿Por qué lo hizo? ¿Cuál fue la razón? ¿Si decían que era feliz, por qué tomó esa decisión? Emigrar no podía ser. Los europeos lo tenemos fácil, podemos volver a nuestro país. No como un hombre gay y árabe que conocí a través de un amigo y que abandonó su país porque la tolerancia no existía para los homosexuales.*

*No puedo entender lo de la chica portuguesa, pero es verdad que los pensamientos son demasiado potentes y nosotros demasiado frágiles, haciendo que un hecho se vea de mil formas distintas en función de cada momento. Y es que la intensidad de un problema y la relatividad con la que se enfoca es tan personal y subjetiva, y la mente tan poderosa, que el hecho más insignificante puede hundir a cualquiera. Más aún, cuando se emigra.*

*Diario personal de Sara*

El escuchar las emisoras españolas era otra forma de darnos cuenta de que habíamos llegado a casa. Como el cambio de tonalidad del sol cuando nos acercábamos a los Pirineos. Una luz más intensa y extrovertida que en el resto

de Europa. Hoy, todavía me sorprende la intensidad de nuestra luz diurna. Fuerte y clara. Tal vez porque me acostumbré a vivir entre días nublados y grises. Esta es una de las consecuencias que tiene emigrar, el poder comparar hechos y formas de vivir distintas. Los pequeños detalles que por habituales no llamaban mi atención, ahora llevan valor añadido. El meterse en el agua de forma puntual en el mes de marzo, es un bien escaso. Como decía Antonio Muñoz Molina, el haber conocido otros países ha hecho que conozca mejor al mío.

Hay momentos en los que superados por las situaciones estamos más susceptibles. El tiempo, la distancia, el idioma... Todo ello puede desencadenar en más discusiones de lo habitual entre la pareja. Según mi experiencia, el emigrar o uno más o acaba separando. Y fue a través de un divorcio donde vi otra de las cartas que cambian la vida de cualquiera. Esta vez la carta provenía de España.

Mi amigo se acababa de separar. Su expareja y su hija regresaron definitivamente a España y él continuó viviendo en Suiza para mantener su suelo. Bien, pues en una de las veces que bajo a España visitó un abogado para informarse de los asuntos legales del divorcio. Me contó que el abogado le aconsejó abandonar Suiza cuanto antes. De hecho, si su exmujer le pidiera formalmente una pensión y un juez se la concediera, la cantidad iría en función de su salario actual que nada tenía que ver con el de España. Lo que significaba dificultades para regresar de forma definitiva. Pues si lo hacía, debía de continuar pagando la manutención hasta que se regularizara su situación y esto podía tardar bastante tiempo. Hizo caso al abogado, abandonó el trabajo y volvió a España. Dos días antes de marcharse, recibió una carta que me enseñó. En ella, su antigua pareja le pedía una indemnización mensual de seis mil euros y una pensión de mil euros. Aquella mujer hubiera vivido con el dinero que su exmarido le hubiera enviado y este, lejos de su país, hubiera vivido alejado de su tierra, sin ahorrar un duro y lo que es todavía peor, sin ver a su hija.

Por suerte pudo justificar que no tenía trabajo y se preparaba para volver a España. La juez desestimó la petición de su exmujer. Mi amigo no tardó en volver a España.

*[...] Lo que más me gusta de Suiza son los paseos por el valle. El otro día paseaba entre sendas de tierra y asfalto cuando vi en un lateral de la calzada un gorro de lana de colores colgado de un poste de madera. Pasé sin más, pues*

*imaginé que se le debió caer al dueño y alguien lo colgó del poste para que el propietario lo pudiese encontrar fácilmente. Esta tarde he vuelto a pasar por el mismo sitio y no estaba el gorro. En su lugar había un folio plastificado cogido con chinchetas. En el se leía en mayúsculas y letras de colores, la palabra “MERCÍ”.*

*El dueño del gorro debió de volver en su busca. Se lo encontraría colgado del poste. Volvería a su casa para preparar un pequeño cartel que intercambié por el gorro con la esperanza de agradecer el gesto a la persona que lo había dejado a la vista.*

*Entrañable.*

*Ese tiempo invertido en realizar el cartel y volver al mismo sitio, sin duda dice mucho del dueño del gorro, de la persona que lo colgó y de la educación de la gente.*

*Diario personal de Sara*

“Volver a España...”, suena lejano cuando nos encontramos en otro país, como si la frase no se dirigiera a nosotros, como si se tratara de una utopía, algo etéreo, un hecho que no fuera a solidificar nunca.



Ya había experimentado varias llamadas de las que cambian la vida de cualquiera, pero ninguna como la de aquella mañana.

Sara había ido con su amiga Lola a un centro comercial y yo me quedé en casa haciendo mis cosas. Leí, hice un poco de deporte y me afeité. Luego tomé una ducha.

RIINNNNG, RIINNNNG,

El móvil sonaba.

—Quién llamará a estas horas... —dije en voz alta.

La canción de Leiva resonaba en el baño mientras me secaba la cabeza con una toalla.

*“Cuando no encontramos la velocidad*

*Y las piernas se clavan...”*

RIINNNNG, RIINNNNG,

Otra vez el móvil... Me enrollé la toalla a la cintura y abrí la puerta del baño. El vapor salió persiguiéndome, escaló por las paredes y abarcó todo el techo del pasillo.

RIINNNNG, RIINNNNG,

—Dónde está...

RIINNNNG, RIINNNNG,

Lo encontré entre los cojines del sofá.

Era Sara quien me llamaba.

RIINNNNG, RIINNNNG,

—Sí... —descolgué.

—¡Mario!

—¿Va todo bien?

—Cariño... —me dijo pomposamente y con entonación decreciente.

—Sí...

—No te dije que me sentía extraña y hacía días que se me retrasaba...

—Sí.

—Pues eso.

—¿El qué?

—Que estoy embarazada.

—¡¡Qué...!! —no me salieron más palabras.

—Que estoy embarazada. Me he hecho un predictor en casa de Lola. Me sentía tan extraña...

Nosotros marcábamos nuestro camino y la vida deparaba otro distinto.

Sara vino a casa. Me contó todo. Me enseñó el predictor. Le hicimos una foto. Comunicamos a nuestra familia la buena noticia y preparamos una cena para celebrarlo.

La cena empezó como otra cualquiera de los sábados, uno enfrente del otro, la “*Raclette*” en el centro y una botella de vino de la vinoteca de la ciudad.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? Ya sabes... Nunca va a ser el momento. Esto lo cambia todo —dije degustando aquel vino tinto.

Sara cambió el vino por el agua. Tomó un sorbo reflexionando hacia la ventana, pues la pregunta traía consecuencias demasiado importantes como para responderla a la ligera.

Habían pasado más de tres años desde que llegamos y habíamos conseguido con esfuerzo y sacrificio, todo lo que nos habíamos propuesto. Teníamos ahorros, un buen piso, amigos y una vida asentada. Pero el vacío de no vivir en nuestra tierra siempre nos acompañó en cada una de estas tareas. Lo que sabía es que cada año que pasaba, el volver a España era más complicado. Ni contar con un hijo en camino. No he conocido a nadie con bebés que haya abandonado el país helvético.

—No lo sé Mario... estoy indecisa. Tú tienes trabajo y yo acabo de perder el mío. Además, embarazada. Ya sabes cómo está todo en España.

Sara había perdido hacía tres meses su trabajo y no había vuelto a trabajar.

—Algún día tendremos que dar el paso... —respondí.

—Lo que hagamos tiene que ser por él —me dijo frotándose el vientre con la mano.

—Siento que debemos volver, pero mi cabeza dice lo contrario. Creo que nos iría bien —respondí dejando la copa en la mesa—. Nos ha costado tanto conseguir lo que tenemos...

Una pausa se introdujo en nuestra conversación.

Sara cogió a Kira entre sus brazos.

—La verdad es que nunca será buen momento. Y a la hora de volver, siempre estamos a tiempo —dijo Sara.

—¿Con un bebé?

—Muchos lo hacen. Recuerda la murciana. El bebé tendría meses.

—Y que mal lo pasaron...

—Vinieron sin nada. Es distinto.

—¿Te ves viviendo aquí para siempre?

—Suiza me gusta, pero prefiero España —respondió Sara quedándose en silencio buscando en su interior las siguientes palabras—. Mario, quiero que nuestro hijo crezca donde lo hicimos nosotros, cerca del mar.

—Pues si tenemos que dar el paso, cuanto antes, mejor. Pronto llegarán las vacaciones de verano, igual al volver de España lo veamos todo más claro.

Sara levantó a Kira con las manos mirándola a los ojos.

—Te llevamos mareada, de un sitio a otro.

Kira le devolvió la mirada, luego giró la cabeza intentando entender aquellas palabras.

*[...] He conocido un matrimonio español de unos cincuenta años, gente buena, encantadora y simpática. Gente especial a la que coges afecto nada más conocerla. Él se dedicaba a la carpintería, pero como era el periodo invernal y el trabajo había bajado, se quedó en el paro. Ella era asistente. No trabajaba a tiempo completo, pero a medida que iba conociendo a gente y esta la conocía a ella, los encargos de trabajo aumentaban, por lo que no me hubiera extrañado que consiguiera trabajar a jornada completa.*

*Me confesaron que querían volver definitivamente a España por razones personales que no vienen a cuento. Se pusieron de plazo un mes. Al día siguiente los volví a ver y ese mes se convirtió en una semana. Se fueron, si no me falla la memoria... a los tres días de anunciarme que se iban. Se les metió en la cabeza lo de volver y mañana ya era demasiado tarde...*

*Diario personal de Sara*

Al final bajamos de vacaciones a España y volvimos con la elección de

volver tomada. Fecha máxima: Navidad. Queríamos rehacer nuestra vida y dar a luz en España. Además, como dijo Hugo, el segundo emigrante que prefirió Suiza a España, cuanto antes diéramos el paso, más fácil resultaría todo.

Las cafeterías son lugares tranquilos, plácidos, amortiguadores del tiempo. A mí me gustaba ir los domingos después de haber cambiado el coche de sitio. Los estacionamientos de las calles en invierno están regidos por horarios, franjas de tiempo donde está prohibido dejar el auto en un lugar específico para que las máquinas quitanieves puedan hacer su trabajo. Yo tenía suerte, al lado de mi casa, en una zona no muy densificada, siempre encontraba una plaza donde dejar el coche hasta las 08:00 de la mañana. Hay quienes lo tenían peor, debían levantarse a las 07:00 o incluso las 06:00 para poder desplazarlo. Y esto un domingo duele, aunque también era divertido.

Veía al vecindario correr en el último momento, saliendo de los portales con pijamas y batines sobre botas de nieve. Con sus cabellos desarbolados escondidos tras gorros de lana, adormecidos, quitando la nieve de los coches con rascadores, incluso alguna escoba. Había quien saludaba con un *bonjour* de buen agrado, pero había otros que los escuchabas quejarse hacia sus adentros, maldiciendo a todo hijo de vecino por tener que esperar o, simplemente, porque otro había aparcado el coche muy pegado al suyo. Y esto me ocurrió una vez con un viejo cascarrabias, un hombre mayor un poco estúpido que me decía que había estacionado mal mi coche, que estaba muy pegado al suyo; “*On n’est pas en France, eh!*”, me dijo. Y yo me reía. Otras, veía coches que ignoraban los horarios y los encontraba al día siguiente si la grúa no se los había llevado, envueltos por una montaña de nieve. Donde intuías que había un coche porque lo habías visto el día de antes.

Las máquinas quitanieves trabajaban por el bien de todos, pero de vez en cuando se ensañaban con los despistados, para recordarles a ellos y a quienes lo vieran, que más valía seguir las reglas, pues de lo contrario cualquiera quitaba a palazos esas montañas de hielo.

Y yo, que a las ocho estaba despierto y con este libro entre manos, bajaba a desayunar a la cafetería que me pillaba más cerca de casa y que también era panadería, aprovechando la vuelta para subir un pan recién hecho que tanto le gustan a mi chica.

Me solía sentar al fondo, al lado de la ventana, junto al radiador. El calor en las piernas era un bien que se agradecía durante el invierno a pesar de que los edificios estaban bien acondicionados. Podías ir en ropa interior por casa

y en el exterior hacer menos veinte grados. Sacaba mi portátil y pedía lo de siempre, un café con leche y un croissant. No pensé que me gustaran tanto las cafeterías. Desconectaba de todo lo que ocurría a mi alrededor con ponerme a pulsar las teclas. Y cuando desconectaba de lo mío y prestaba atención al resto, los sonidos volvían a entrar por mis oídos; el barullo de la gente, el chirriar de la maquina exprés, el clic de la caja registradora, el tintineo de las cucharas contra el vidrio de las tazas, las conversaciones cercanas, la puerta del baño que se abría y cerraba, la jefa llamando a sus empleadas y estas, sirviendo a paso ligero, remarcando su andar sobre el entarimado de madera.

Veía a la gente reunirse como un zoco árabe o un mercado griego. Los veía esperar sus citas removiendo sus tazas de café en círculos, al ritmo de sus pensamientos. Los veía marcharse o reunirse en grupos o en parejas, los veía entrar y salir, y a otros ocupar sus sitios. Y yo, absorto en lo mío, solo, concentrando, en medio de todo, pero al mismo tiempo alejado. Analizando todo a sorbos y escribiendo estos textos que no son nada más que, la forma más noble que conozco, de explicar lo que significa emigrar.

## Navidad de 2016

Sacar las maletas escondidas, preparar el coche y empezar a empaquetar todo con la incredulidad palpable de pensar que no llegaría el día. Estábamos a punto de abandonar el apartamento con la especial sutileza de un samurái para dejarlo todo organizado. Guardamos la ropa en maletas que no cerraban, los electrodomésticos repartidos entre los amigos esperando sus viajes de vuelta para recogerlos uno a uno. Los libros escondidos en cajas demasiado pequeñas y los papeles, por suerte, ya los teníamos ordenados, los contratos cancelados y los servicios anulados.

El tacto me recordaba los instantes en que nos hicimos con cada objeto que empaquetábamos: una silla de madera que compramos en una tienda de segunda mano a las afueras de la ciudad, un libro en francés de la librería del centro, una botella de vino de “*La Charrière*”, un cuadro de un mercado artesanal, una foto del castillo de “*Chillón*” y un sinfín de recuerdos que volvían a la vida al prestarles nuestra atención.

Otros objetos los regalamos a nuestros amigos y los que no, los abandonábamos a su suerte, en el portal de la calle, esperando a sus nuevos dueños. Otros como yo en aquellos primeros paseos por la ciudad, donde esperaba que el tiempo pasara rápido para poder estar con Sara. Repitiéndose otra vez la historia, cerrándose por completo el ciclo.

Sara y yo estábamos preparados para abandonar una vida tranquila, asentada y rutinaria, viendo como el tiempo pasaba demasiado deprisa a pesar de parecer todo muy lejano al mirar el futuro. Somos conscientes de que nuestro paso ha dejado una pequeña huella en nuestro entorno, pero sé que la mayoría, no se habrán dado cuenta de que nos hemos marchado.

Iber. Verano de 2007

Sara dio a luz. Nuestro hijo nació sano y Sara se recuperó pronto. Creíamos que la vuelta a casa iba a ser el edén y lo más lógico es que no fuera así. Se suele idealizar el futuro acompañado de una esperanza que nos motiva a seguir adelante, pero la realidad es que nada es lo que se espera.

Ya no soy aquel joven que abandonó su tierra hace cuatro años a pesar de que me encuentre recorriendo sus mismas calles. Camino solo, ausente, intimando al ritmo de mis pasos para sentir otra vez su pulso, su latido, al igual que lo hacía en los primeros años de mi vida donde todo era una sorpresa y se empezó a crear la conexión con esta tierra.

Ahora veo a otros niños jugar como lo hacía yo de pequeño, disfrutando de lo único que importa; el presente, sin añorar ningún tipo de pasado ni esperar nada del futuro. Exprimiendo los segundos hasta tener la sensación de días infinitos.

Ha cambiado todo tanto y tan deprisa; las fábricas han sustituido a los campos, las sendas de piedra han desaparecido, y en su lugar se han construido aceras de hormigón y calzadas de asfalto. Me cruzo con demasiada gente desconocida y a la que conozco ya no la encuentro sentada en los portales de sus casas.

En el continuar pausado siento que el ser un niño ya no se lleva, la creatividad de los dibujos en tiza de las paredes ha desaparecido, no encuentro niños corriendo ni porterías hechas a mano, tampoco oigo gritos ni risas. Solo móviles y niños sentados que no dicen nada.

Apenas lo reconozco, apenas encuentro el barrio donde crecí. Pero si cierro los ojos y me dejo llevar por los recuerdos, puedo volver a ser aquel niño que recorría las sendas de piedra cogido de la mano de su padre, deteniéndonos en cada paso para saludar a gente conocida, sintiendo el caminar esponjoso sobre la tierra húmeda y el olor a otoño y hojas caídas los días de lluvia.

Si nos preguntasen de dónde somos, diría, que no hay que hacer alusión a



nuestra nacionalidad, que pertenecemos y somos de nuestros recuerdos de la infancia; de su tierra, de sus mares y ríos, de sus montañas, de su clima, de sus costumbres, de su idioma... de un sinfín de características específicas que nos moldean y que poco tienen que ver con banderas o nombres. He conocido gente llevar más de treinta años viviendo en el extranjero y tener siempre en mente su tierra. Han pasado la mayor parte de su vida en otro país distinto al suyo, pero no pueden renunciar a ella. Cada una de sus células está impregnada con la fragancia de sus recuerdos. Esta conexión existe y no se puede romper ni mucho menos renunciar a ella, por mucho que algunos lo intenten.

Yo, nunca he renunciado a mi tierra, más bien, siempre la he echado en falta cuando he vivido alejada de ella. Simplemente me resignaba a mi nueva situación y me consolaba contando los días que me quedaban para volver a ella. Lo que no evitaba que pudiera disfrutar de lo positivo del país y la experiencia. Aunque ahora es fácil decirlo, en aquel periodo no siempre veía las cosas con el mismo optimismo, pues la distancia enaltece los sentimientos y las emociones, y todo se vive más intensamente. También los malos momentos.

A veces la vida en Suiza parece un sueño si no fuera por lo mucho que hemos cambiado. Se suponía que debíamos estar felices, pero la realidad es que me siento triste, como si al volver a casa me quitara un peso de encima, pero no puedo evitar estar deprimido, nostálgico por dejar a tras lo que con tanto esfuerzo y sacrificio nos ha costado conseguir. Le doy la razón a una amiga que me decía que cuando volvía a su país se sentía extraña, forastera, que veía el mundo desde otra perspectiva, que incluso la gente de su país le preguntaba de que país provenía. Y así me siento yo ahora, extraño, atrapado entre dos mundos, intentando entender y aceptar formas de actuar que en un pasado me parecían normales y ahora, me resultan extrañas. Intentando reorganizar mi vida y al mismo tiempo, disfrutar de ella.

De otra forma, volviendo a emigrar.